

Axxón 134, enero de 2004

Editorial - Axxón 134

Deseos



Seré breve. Para este año que acaba de empezar deseo:
Menos impunidad.
Más sensibilidad.
Menos agresión.
Más comprensión.
Menos prepotencia.
Que la gente no se encierre en su mundo y que se dé cuenta de lo que le ocurre a los demás.
Que no tenga que ver por TV chicos que en lugar de pedir juguetes, pidan comida.
Que podamos ser, yo y los que quiero, un poco más felices.
Que Argentina salga adelante. Que el mundo esté mejor que lo que ha estado en estos años terribles...

Cartas axxonitas

enero de 2004

Quiero saludar con un enorme abrazo a las personas que colaboran en esta labor diaria que es la construcción de Axxón. Debería decírselo todos los días, pero lo hago hoy: gracias. Es difícil hacer entender todo el valor y la fuerza de lo que siento cuando cada noche, sin falta, con la mejor y más voluntariosa regularidad, recibo el archivo necesario para el número de mañana, cuando me llega y leo un cuento que sé que podré publicar, cuando veo que los clicks aumentan, cuando me envían una carta, cuando sé que este trabajo que estamos haciendo entre tantos sirve para algo.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti
ecarletti@axxon.com.ar

Rojo federal

Alejandro Alonso

Diciembre de 1840 - Memorias y episodios referentes al pacto

Hubo un pacto. Es preciso aclararlo porque todo cuanto se diga está signado por ese acuerdo, que vinculaba a los de mi sangre con la familia del gobernador don Juan Manuel de Rosas.

Si por mis camaradas fuera, ese pacto nunca se habría firmado. Rosas ponía nervioso a cualquiera. Le gustaba tensar la cuerda de sus relaciones políticas hasta el límite. Entonces aflojaba y volvía a tirar, como si remontara una cometa. Siempre tuvo buena muñeca para ese juego.

Todavía recuerdo la vez que habló sobre nuestra naturaleza en público, poco después del asesinato del caudillo Facundo Quiroga. Ésa fue la primera señal de fisura en la relación que los de mi clase tenían con Rosas. El Restaurador llegaba por segunda vez al Gobierno de Buenos Aires y todos estaban pendientes de su discurso de asunción. En abril del 35 dijo:

> Ninguno ignora que una facción de hombres corrompidos, haciendo alarde de su impiedad y poniéndose en guerra con la religión, la honestidad y la buena fe, ha introducido por todas partes el desorden y la inmoralidad, ha desvirtuado las leyes, generalizando los crímenes, garantizando la alevosía y la perfidia. El remedio a estos males no puede sujetarse a formas y su aplicación debe ser pronta y expedita. Que de esta raza de monstruos no quede uno entre nosotros y que su persecución sea tan tenaz y vigorosa que sirva de terror y espanto.

No estuve presente. Bien se sabe que los de mi condición

tenemos muchos problemas para andar a la luz del día. Pero un escribiente del *British Packer* tenía instrucciones de pasarme una transcripción del discurso y contarme su parecer.

El mensaje admitía una doble lectura. Para el pueblo, esta «raza de monstruos» eran los unitarios. Para los iniciados, la verdad era muy otra.

En aquel momento, mis camaradas escribieron desde Londres instándome a partir. Pero yo decidí perdonar la afrenta. Nos han llamado de muchas formas, y «raza de monstruos» no es la más ofensiva. El mensaje era parte de ese juego de tira y afloje: una bravata velada que sólo pretendía recordarnos cuál era nuestro lugar.

Les informé que no había por qué preocuparse. Los negros y la Mazorca eran todavía permeables a mis sugerencias, yo tenía una excelente relación con la esposa del Restaurador y, además, en Buenos Aires no había quien se atreviera a poner las manos sobre un ciudadano de la Corona. *Long live the Santa Federación!*

Apareció por una de las avenidas que llevaban al sur de la ciudad y sin darse cuenta se internó en el barro, precisamente cuando la tormenta arreciaba. Le decían el Bantú. Poco y nada se sabía de su pasado, salvo el hecho evidente de que era negro, longevo y sabio. Lo demás corría por cuenta de las viejas.

Una versión decía que había llegado al Río de la Plata en un barco negrero inglés, poco antes de las invasiones, y que ya entonces era viejo y veía poco. Nadie sabía quiénes habían sido sus amos, ni dónde había vivido todo ese tiempo.

Hubo quien lo vio por Entre Ríos, en épocas de la guerra con el Brasil. O muy al norte, en el Tucumán, en los tiempos en que Belgrano dirigía el Ejército del Norte. No puede ser cierto. No tratándose de este hombre, que ya era viejo hace treinta y cuatro años.

En el 32 pasó al servicio de sir Roger Wall, un militar inglés retirado prematuramente del servicio a causa de una rara enfermedad de la piel que no le permitía pasearse a la luz del sol. El inglés había emigrado al sur —se decía que con la esperanza de curarse, pero ningún médico de la ciudad llegó a examinarlo— y terminó haciéndose amigo personal del general Rosas. Ambos compartían el gusto por la violencia y el terror bien escanciados. Si uno ejercía el poder, el otro bien podía ser la herramienta.

Fue por sugerencia de Wall que el Bantú se trasformó en el

ladero de doña Encarnación Ezcurra, la esposa de Su Excelencia, en las visitas que ella y su hija hacían a las fiestas tribales. A la muerte de Misia Encarnación, a fines del 38, el viejo ocupó un lugar de importancia entre los negros de la ciudad. Sobre todo entre los que prestaban servicio a la clase privilegiada.

A pesar de la lluvia, el Bantú no estaba solo. A medida que se alejaba de la ciudad, los perros se fueron acercando hasta formar un séquito bastante numeroso. Los animales marcaban el camino y el viejo seguía ese sendero a paso firme, tanteando el piso con una larga vara de duraznero increíblemente recta.

Esa noche llovía a cántaros, pero en Buenos Aires la lluvia no era infrecuente. Y menos aún las inundaciones, y todo lo que se dice cuando la vida pende de un capricho de la naturaleza y la angustia del iletrado se transforma en misticismo. En esas noches malditas, hubo quien vio al Bantú atravesar la esquina de Las Cañas, flotando sobre el lodazal como un Cristo negro y casi ciego. Y también hubo quienes juraron que, a su paso, las osamentas vacías de las reses y de los equinos que allí habían muerto se levantaban para que sus pies descalzos no se hundieran en el barro. Bastaba ver lo que afloraba del suelo una vez que la tormenta había menguado.

Se decían muchas cosas a espaldas del Bantú. Pero muchas más se decían en su presencia, en voz baja y al oído, mientras el candombe distraía la atención de la mayoría.

Cuando el Bantú llegó a la barraca donde estaban reunidos los negros, un séquito de humanos reemplazó a los perros. Los negros metieron al viejo en las barracas y lo abrigaron con una piel de oveja. Lo sentaron en una esquina cálida y bien iluminada, y le pasaron un mate.

En el centro de la barraca, que apestaba a cigarro de chala, el *piano* repiqueteaba furiosamente, compitiendo en intensidad con la tormenta.

—Padre mío, ¿dónde se me había metido?

Beba era una de las «anfitrionas». La mujer le pasó una bandeja de pasteles dulces y salados, gentileza de la patrona. El viejo tomó uno cubierto de miel y sonrió. Rara vez un negro tenía la oportunidad de probar semejante manjar. A lo sumo podía aspirar a venderlo en las plazas los domingos.

El Bantú probó y aprobó. Frente a él, los negros habían formado una larga fila. Algunos buscaban consejo, otros venían en tren de delación, otros necesitaban consuelo. El viejo aceptó un vaso de vino y empezó a hablar. Sus palabras eran como golpes de percusión que marcaban el ritmo de la tormenta y la cadencia del

candombe.

Yo no puedo ver el día de mañana o el siguiente, pero esta guerra no es nuestra guerra. No es un problema de conciencia. No dijo «conciencia», sino una palabra de su idioma natal que vagamente recordaba ese concepto. *El que te da de rebencazos es tan malo como el que pasa de noche en banda y te degüella. No hay otro camino que elegir la generosidad del vencedor, seguir sus caprichos y no traicionar su confianza. Nadie espera otra cosa de nosotros, que somos como animales indefensos. Ni siquiera los unitarios.*

—Es mi amo, padrecito —dijo Tomás cuando le tocó el turno —. El francés planea un viaje largo. No me dice adónde. Y a veces organiza reuniones, bien de madrugada. ¡Si viera las cosas que dijo de Misia Encarnación cuando pasó a mejor vida!

Si ellos quisieran, podrían mandarnos a la guerra como carne de cañón. Y no tengan dudas de que iremos al muere si les conviene. ¿De qué sirve arriesgarse por uno o el otro? ¿Qué significa «amo», «patrón», «capataz»? Yo les diré qué significa. El viejo tose una, dos, tres veces hasta que el vaso se llena otra vez. *Significa: «el que te va a traicionar cuando le convenga».*

—El francés Millau, padrecito. Anda por la casa vestido de blanco y celeste, como los unitarios. Le da vergüenza llevar la cinta roja. Se pone la divisa nada más que para salir, pero tiene doble cara, no lo siente. Y tampoco se lo impone a su hija…

Amanecía. El candombe agonizaba, pero sus ecos aún vibraban en la voz del viejo.

Este tiempo no es nuestro tiempo. Pero llegará un día en que no haya cintas punzó, ni celestes, ni verdes. Un tiempo sin colores, donde el negro sea igual al pardo, al blanco, al colorado, al amarillo.

La batalla estaba decidida. La tormenta, avergonzada, se había batido en retirada.

—A prueba —propuso el *farmer*—. Si gusta, amigo Wall, elija y aliste dos grupos de mazorqueros. Inícielos en lo suyo, entrénelos como le parezca. Palermo está muy concurrido, así que búsquese alguna finca apartada en el Norte y llévelos ahí. Dos reglas: no pueden ser más de trece y no los quiero en la ciudad, salvo para las tareas que le iré encomendando.

—Trece no es un buen número, Excelencia —contesté yo—. ¿Por qué no doce o veinte?

—No me venga con pavadas, Wall. No me diga que es

supersticioso.

—No, Excelencia. *No soy.*

—Venga. Pruebe esta carne que es de mi hacienda. Está a punto.

—Es una pena. A mí me gusta más sangrienta.

Recuerdo la charla como si fuera hoy, aunque ya pasaron diez o doce años. Los pálidos se encargaron de buscarme un sitio en las afueras y yo fui reclutando voluntades entre los gauchos, mestizos y negros. La mayoría eran negros. Pero una vez iniciados, todos se transformaron en pálidos. No existe otra palabra en castellano para definir ese estado de gracia.

El Restaurador vino un par de veces a visitarnos. Tal vez quería ver con sus propios ojos cómo serían su futuro y el de su familia una vez que yo cumpliera con mi parte del pacto.

Curiosamente, en todo el territorio de Buenos Aires yo era el único de mi estirpe. Cada vez que Rosas preguntaba, yo le respondía: «Todo a su debido tiempo». Así que tenía que conformarse con imaginar la vida que le esperaba después de la iniciación. Y su imaginación era febril.

Huelga aclarar que el general era ambicioso en sus proyectos y estaba atado al poder que ejercía. Pero también era consciente de que no puede haber poder definitivo cuando el fantasma del tiempo hace estragos en el cuerpo y la mente.

—¿Cómo se destierra el tiempo, Wall? Usted lo sabe…

—Con sangre, general. Con sangre.

En el fondo, no estoy seguro de que quisiera vivir para siempre, pero temía la muerte y su propia vejez.

La alianza que teníamos también significaba nuestro completo apoyo al régimen, y esta última parte de la promesa fue ratificada por mis colegas de allende el mar en una carta personal. A cambio, Rosas nos facilitaría el desembarco y nos permitiría saciar nuestras necesidades —algo excéntricas, lo admito—, siempre y cuando no estallara un escándalo.

Lo de la Mazorca fue idea mía: me permitía zanjar ambas cuestiones en el mismo acto. Formé dos grupos, tal como me había sugerido Rosas. El primero estaba a mi cargo. Puse el segundo al mando de un gaucho que pronto se ganó el apodo de «Carnicero». Carnicero Martínez.

Con el tiempo le cedí cada vez más poder, hasta transformarlo en mi segundo para todo servicio. Claro está, antes de

ponerle tanto dulce en las manos, tuve que desembrutecerlo. En dos años aprendió a la fuerza a leer —nunca lo vi llorar, ni siquiera en la estaca, excepto por la frustración que le provocaban esos símbolos caprichosos: las letras—, le enseñé algo de política, de estrategia y de etiqueta para que pudiera ir a los lugares donde el sol no me permitía llegar. Tanto esfuerzo invertido y tanto poder delegado hizo necesario que hiciéramos un primer compromiso permanente. Un compromiso de sangre conmigo y con los míos. Esto no lo convertía en un miembro plenario de nuestra camarilla, pero le daba algunos privilegios. Y obligaciones.

De todas formas, yo no tenía la menor intención de convertirlo en uno de los nuestros. No mientras necesitara sus ojos y oídos criollos.

Al principio, el mismo Rosas nos asignaba misiones nocturnas tres o cuatro veces por semana. Con el tiempo pude organizar mi propia fuerza de inteligencia y era yo quien tomaba la iniciativa para luego informar al gobernador de mis progresos.

No estaba previsto aumentar la estirpe en Buenos Aires: formaba parte del acuerdo con el Restaurador. Iniciados, sí. Pálidos, también. Vástagos, no. Había que esperar. Además, había una promesa.

Doña Encarnación pudo haber sido la primera en saborear los beneficios de mi linaje. Es curioso que una mujer de su fortaleza, tan católica y tan entera, no pudiera aceptar la muerte como algo natural y necesario. Tal vez pensaba que su maternal influencia tenía que perdurar más tiempo, hasta que los asuntos de la nación se enderezaran.

La recuerdo de rodillas, en una de las misas vespertinas que la familia celebraba en Palermo, durante el invierno. El cura estaba de espaldas, apenas visible entre el humo de los calentadores y del incienso, y en ese momento levantaba el copón rebosante de vino rojo.

—*Hic est enim calix sanguinis mei… novi et æterni testamenti…*

Ella me miró sorprendida, con los ojos muy abiertos, como si me viera por primera vez. Comenzó a traducir:

—Éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la nueva y eterna alianza. —Sonrió—. Es eso, ¿no? De eso se trata, en definitiva.

No le respondí, me limité a devolverle la sonrisa.

Una vez leí en *La Gaceta* un recordatorio de su muerte que la pintaba de cuerpo entero:

> Distante de su querido esposo, el gran ciudadano, vedla rodeada de los valientes federales, del pueblo todo, dispuesta a escarmentar a unos perjuros, aliados escandalosamente con el impío feroz bando unitario, vedla al frente de un pueblo libre y belicoso cómo difunde el ardoroso entusiasmo federal en todos los pechos argentinos. Ella triunfó, hizo triunfar otra vez el victorioso estandarte de la Federación. Este triunfo reanimó los pueblos todos amenazados terriblemente por la traición y el despotismo unitario. La Confederación Argentina restauró de nuevo las leyes y libertades de que hoy goza, bajo auspicios de la Providencia protectora de la justicia y de la libertad.

La Providencia hizo que ella triunfara sobre los unitarios, incluso sobre el olvido, pero le negó el triunfo sobre la muerte que era y es mi prerrogativa.

Supe por terceros que su agonía fue larga y dolorosa. No debió ser así. No había razón para que el bloqueo naval de la alianza franco-riverista se realizara en esas fechas, salvo la jodida Providencia. Londres me recomendó que abandonara Buenos Aires sin demora. Carnicero y los pálidos hicieron los arreglos para trasladarme sin riesgo a la mansión de un compatriota en Montevideo, a la espera de que las relaciones mejoraran. Pero las cosas no fueron bien hasta que los míos comenzaron a tejer su benéfica influencia.

Deus ex machina.

Yo también participé veladamente en las negociaciones entre los dos países. Los mensajes entre Buenos Aires, Montevideo, París y Londres eran un hervidero de consideraciones, posibilidades, resoluciones, órdenes de alineamiento, informes estratégicos y hasta sugerencias de Carnicero, que comenzaba a desentrañar con absoluta agudeza los costados más sabrosos de la diplomacia. Si piensan que el correo de hoy en día es rápido, tendrían que conocer las otras vías de comunicación que tienen los de mi estirpe.

Los reclamos franceses parecían bastante razonables: ellos querían igualdad de derechos respecto de los residentes británicos. El mayor reclamo, que ya iba para una década, era la exención del servicio militar. El gobernador me dijo que él no tenía inconvenientes en aceptar estas demandas. Pero el problema había derivado hacia lo que podría llamarse «la intervención francesa en la guerra civil». Y esta intervención —franceses y unitarios—

amenazaba la integridad de la Confederación. Yo mismo lo planteé en estos términos a Londres, y los míos sugirieron resistir pasivamente hasta que el Foreign Office se decidiera a actuar como contrapeso en el conflicto. O bien hasta que determinara una salida elegante para las partes. Desde Montevideo, sin embargo, preparé una lista de gestos que acelerarían esa salida. El más importante: el gobierno de Rosas firmó el compromiso contra la trata de esclavos.

Como se ve, siempre hay una oportunidad de llevar agua al propio molino… Pero no quiero adelantarme. Baste saber que, en ese momento, ni el régimen ni mis compatriotas llegaron a comprender mis razones.

Rosas fue más allá de mis indicaciones. Le aseguró al ministro británico Mandeville y al comodoro Sullivan, el jefe naval inglés, que si el peso de la soberanía se hacía demasiado gravoso para esta joven nación, a nada aspiraba más sinceramente que a depositarlo a los pies del trono británico. No creo que las generaciones futuras reconozcan la ironía que esta declaración encerraba, al menos no sin conocer a los de mi estirpe y su papel en estas negociaciones.

A pesar de los logros diplomáticos, fueron tiempos de zozobra. La mujer del general murió antes de que yo pudiera regresar, y así se rompió la promesa que habíamos firmado con Rosas y la finada. No fue nuestra culpa —el régimen había tambaleado—, pero es probable que el general nunca terminara de perdonarme esta ausencia.

—¿A dónde vas con tanto apuro? Es al ñudo, franchute: tus amigos de la barcaza te delataron. Ya van de regreso a la Banda Oriental, por si te interesa. Bajá el arma si no querés que tu familia pase por ésta.

Carnicero Martínez le mostró un sable bien balanceado.

La Mazorca tenía apostados cuatro caballos en el frente de la casa y tres más rodeándola. Salvo el gaucho, que se mantenía moreno y rozagante, el resto del grupo parecía salido del infierno. De noche, los pálidos lucían un brillo macilento, una aura que era invisible de día.

Philippe Milleaux estaba paralizado por el terror. Miraba a los pálidos, a Carnicero y de vuelta a los pálidos. No se sabía a qué le tenía más miedo: si al filo terrenal del sable de Carnicero o a los jinetes de sal que lo vigilaban desde sus monturas.

Se decidió y disparó la única carga de su pistolón.

El brazo de un pálido voló diez metros adentro de las

tinieblas y el cuerpo cayó del caballo sin que se oyera un solo gemido. Al tocar la piedra, el tipo estaba muerto.

Otros dos pálidos apresaron al francés y lo ataron a una silla. Así lo trasladaron al patio de la casa para que fuera testigo del desfile de sangre.

La primera en comparecer fue Consuelo, la mujer del francés. Los pálidos la obligaron a ponerse en paños menores, no porque hubiera alguna perversión sexual en aquel circo, sino porque el vestido estaba destinado al botín del inglés. Le ordenaron gritar que amaba con alma y vida la persona de Juan Manuel de Rosas. Consuelo gritó y juró hasta que el tajo en su garganta hizo incomprensible cualquier otra muestra de devoción. Aun en el suelo, su cuerpo sangraba y se estremecía, reclamando una bocanada de aire que no llegaría a sus pulmones.

Tardó varios minutos en morir y, en ese trámite, el francés se desmayó.

Los pálidos consiguieron agua y sales aromáticas para volverlo en sí. No podía perderse la confesión de su hija.

Margarita tenía quince y su muerte fue mucho más expeditiva. No la obligaron a decir nada: el terror de ver a su madre muerta la volvió inmanejable. Fue un corte rápido y casi piadoso.

—¡Viva la Federación! —gritó Carnicero al oído del francés —. *Répètez*… Vamos. ¡Grite, carajo!

El tipo no dijo nada. Y todavía quedaba lo peor para el final: un bebé de siete meses. El pálido lo traía de una pierna.

—Está muerto, Carnicero —dijo el pálido—. Alguien lo ahogó antes… La negra, creo.

—A la negra dejála para después. Tirá el cuerpo a los perros.

—¿A los perros?

—Ya me oíste, Guzmán. A los perros.

Los pálidos se fueron. Milleaux y Carnicero Martínez quedaron solos en el patio.

—Bueno, ahora vos, franchute —susurró Carnicero—. Decí… decí conmigo. Viva la Federación. Mueran los salvajes…

—Mueran los salvajes federales.

—Es al ñudo, preparáte para morir.

Carnicero levantó el sable.

—*Merci à Dieu*…

Concluida la faena, Carnicero dio la voz de agruparse. La

jornada no había terminado, todavía quedaba un rebelde por ajusticiar. Martínez y otros tres se dirigieron al sur. El resto se quedó en la escena del escarmiento, disponiendo de los cadáveres propios y ajenos.

El francés y su mujer fueron exhibidos hasta la tarde del día siguiente. Nunca se supo qué pasó con el chico o la adolescente. Acaso esa incertidumbre corroyera más que cualquier otra certeza.

Todavía era noche cerrada cuando vieron dos negros avanzando por una de las avenidas. Algo en las tripas de Carnicero clamaba por salir. Estaba relacionado con la negra que le había robado la oportunidad de humillar al francés valiéndose de su primogénito. En su fuero íntimo de moderno inquisidor, sabía que podría haber logrado un arrepentimiento del traidor.

O tal vez era simple y pura hambre de sangre en la forma de un rencor sordo pero poderoso.

Antes de saber quiénes eran, decidió descargarse con los negros.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—No somos nadies, dos sirvientes nomás. Venimos del candombe.

Era una negra joven, no tendría más de quince años. Al lado, un viejo miraba con desprecio.

—A ver, viejo. Diga conmigo: ¡Viva la Federación!

—¡Viva la Feerazión! —dijo el viejo con un hilo de voz, que era todo lo que le permitía su garganta.

—Más fuerte, viejo. No oigo nada.

El viejo no respondió, bufó y se apoyó precariamente en su vara de duraznero.

—Dejeló, señor —rogó la muchacha—. Está viejo y casi no ve.

—Pero no está sordo. Grite viejo, para que podamos oírlo.

Entonces la voz del viejo cambió.

—Vuelva por donde vino, si no quiere que se entere su amo.

—Yo no tengo amo.

El Bantú levantó la vara y las monturas de los pálidos huyeron, con sus jinetes en la silla o a la rastra.

Carnicero Martínez levantó el sable, pero no llegó a descargarlo: su propio caballo se desplomó muerto, aplastándole las piernas.

El Bantú se levantó tres palmos del piso y flotó hasta él.

—Sí que tenés amo. ¿Estás tan ciego de sangre, que ya no reconocés la que te da vida? ¡Cerdo!

El gaucho empezó a rezongar y a roncar, como hacen los cerdos que van al matadero.

El Bantú se volvió a la joven.

—Vos… —La llamó por su nombre indígena, el único nombre al que la mujer respondería en cuerpo y alma—. Vos no viste nada.

La muchacha comenzó a recular y finalmente salió corriendo hacia la casa de su ama. El Bantú descendió sobre el jinete en desgracia al tiempo que una niebla espesa se elevaba del suelo.

Los pálidos volvieron media hora después, a pie. El barro se había solidificado alrededor del caballo muerto y su jinete. Al principio, los hombres de Martínez pensaron que el gaucho había corrido la misma suerte que su montura. Estaba pálido, como quien pierde mucha sangre. Tal vez una fractura expuesta bajo el animal. Pero el hombre respiraba débilmente. Trajeron palas y picas y lo sacaron, todavía inconsciente.

Lo llevaron a lo del inglés.

Marzo de 1844 - Notas sobre el francés y el «interrogador infalible»

Shit happens.

No recuerdo bien el año, pero fue antes del 40, estoy seguro. Se llamaba Lucien Milleaux y se decía discípulo de Daguerre, el artista francés que inventaría el daguerrotipo algunos años después. Milleaux llegó al Río de la Plata —primero a Montevideo, después en barcaza a Buenos Aires— con decenas de apuntes sobre las experiencias de Daguerre, un ejemplar de *Notice sur l’héliographie* que todavía conservo, y una obsesión: retratar las almas. En particular, el alma del señor Restaurador de las leyes, enemigo de la República Francesa.

No la pasó bien, aunque llevaba atada a la manga la divisa roja que decía: «F. ó M. Viva la Confederación. Mueran los salvages unitarios».

Estuvo varios meses en la cárcel de Luján, acusado de espía, pero no se desanimó. Durante su reclusión retrató el ambiente carcelario y las almas de un par de condenados a la horca. He visto esas placas: no sé si son almas, pero estoy seguro de que lo que

muestran no estaba ahí durante la ejecución. Le pregunté a mi contacto en el *British Packer*, testigo presencial de los hechos, y no tengo por qué dudar de su palabra.

Lucien Milleaux complicó las cosas. En parte porque también animaba su viaje un propósito de venganza. La Mazorca había pasado por el cuchillo a su hermano, su cuñada y sus sobrinos. En realidad, Lucien sólo sabía que Philippe Milleaux y la mujer de éste, Consuelo, habían sido exhibidos —la garganta cercenada, las ropas llenas de sangre y una consigna que los tildaba de traidores— en el frente de la casa que habitaban. Nada se supo de los hijos y nada más pudo averiguar el retratista antes de ir preso por espía.

La otra complicación tuvo que ver con una filosofía que ni yo ni los míos propiciamos. Esa corriente destacaba la trascendencia del individuo y de sus actos, sin importar cuán fútiles resultaran en el corto plazo. Reconozco en esto la influencia de cierto romanticismo de cabotaje, propiciado por Esteban Echeverría y los suyos. En este contexto, una prueba concreta de la existencia del alma era fundamental. Para los iniciados en esta corriente, Milleaux se transformó en referencia obligada.

Es gracioso que, después de cuatro o cinco años, esos mismos románticos olvidaran el nombre de Milleaux y sus ideas. Una trascendencia intrascendente.

Supe por mi camarada Miguel Wilson, que estaba parcialmente retirado y era guardiacárcel del presidio de Luján, que durante los primeros meses de su estadía Milleaux había inventado una suerte de «interrogador infalible». El ingenio era capaz de retratar el halo vital del interrogado, y por la apariencia de ese halo se podía saber cuánto de verdad o mentira tenía la respuesta.

Dicen que la curiosidad mata al gato, pero en este caso la curiosidad de uno pudo haber acabado con todos. Wilson me confesó que, a escondidas de su padre, una de las visitantes del francés era Manuelita, la hija de Rosas.

El Bantú acercó el calentador a sus pies mojados. Ya era de noche y el frío comenzaba a morder. La lluvia había pasado. No quiso preguntar de dónde habían sacado ese calentador, pero estaba seguro de que estaría de regreso en su lugar antes de que los patrones se dieran cuenta.

Había más de veinte negros en aquel refugio para animales. Uno se adelantó. Era Josué, un muchacho que bien podría haber pasado por el Bantú cuando era joven. Ése no era su nombre: se lo

habían puesto sus amos antes de tomarlo a su servicio.

—Padrecito —dijo Josué—, ¿es cierto lo que se dice del hombre que retrata las almas?

—Sí.

—¿Y las almas no se enojan cuando las retratan?

—Sí, a lo mejor se enojan.

—¿Y qué pasa cuando un alma se enoja?

—Se va. Si se enoja mucho, se va. Y ya no hay silencio para el muerto, ni descanso, lo invade la noche. El muerto se convierte una vasija vacía y, donde antes había alma, que es «yo sé quién soy» en el silencio de las cosas, ahora hay noche y la voz de las bestias que no te dejan acordarte de quién sos. Y la vasija se llena de noche y de esas voces hasta que se rompe y te convertís en una bestia de la noche.

—¿Y eso es malo?

—No sé. Nunca fui bestia. Pero hay algo peor.

—¿Qué hay peor, padre?

—Que tus amos sepan lo que estás pensando. Eso es peor.

—No entiendo, padrecito.

—Si pueden retratar tu alma, pueden saber lo que hay en tu cabeza. Ya hay un ingenio con espejos que…

—¿Pueden saber lo que pienso de mis amos? —interrumpió Josué, consternado.

—Sí. ¿Te tratan bien tus amos?

—No, pero si saben la idea que tengo de ellos, me van a tratar peor.

—¿Qué pensás de tus amos?

—A veces quisiera pegarles, golpe por golpe que me dieron. Golpe por golpe que le dieron a Guadalupe y a nuestra hija María.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué van a hacer todos ustedes? —dijo el Bantú levantando la voz—. ¿Saben lo que les espera?

Los negros no contestaron. El Bantú los dejó solos, deliberando.

No, no soy inglés. Mejor dicho, sólo lo fui en estas últimas décadas. Pero está en mi naturaleza: los predadores tenemos que estar trepados a los árboles, las presas en el llano. Ser inglés es como estar trepado al árbol desde donde se ve mejor a la humanidad. Aunque

ignora mi verdadera procedencia, Rosas comparte esta idea. Simpatiza con las Islas, pero en su interior se mezclan las ansias de predador con una suerte de reivindicación del derecho de los corderos. Él lo llama «sentido de pertenencia», «nacionalismo».

—Y mientras esta puta que es Buenos Aires me sea fiel —decía Rosas una noche del verano de 1842—, yo voy a serle fiel a ella.

—¿Tuvo muchas putas, general? —le pregunté.

—No se ría tan fuerte. Mi hija nos puede escuchar y seguramente nos va a malinterpretar.

—Si me lo permite, es precisamente sobre su hija que quería hablarle. Sobre ese capricho que tiene.

—No me joda, Wall. Déjela tranquila. Ese tipo, Milleaux, es inofensivo.

—Es hermano de un traidor.

—La verdad es que yo también siento curiosidad. Ya no me fío de mi olfato de *farmer* para saber cuál vaca está sana y cuál está enferma. Hay que revolver mucha mierda para darse cuenta.

—Exímame de esa obligación, se lo ruego.

—¿Y qué les digo a los otros? No, es imposible. —Rosas me miró con suspicacia—. ¿A qué le tiene miedo?

—No es miedo, pero mi naturaleza…

—No me diga que cree lo que dicen las viejas. Que un retrato le puede robar el alma.

—Yo no tengo alma.

—Ya lo ve, asunto arreglado.

Esa charla fue en febrero de 1842, o bien marzo o abril.

Tengo que asentar las fechas con mayor detalle, son demasiados años de existencia y todo se comprime en una madeja imposible de hilvanar. En esto admiro a Rosas, que lleva precisa cuenta de todo cuanto hace, de cada carta que recibe, de cada documento oficial que firma. Y destruye metódicamente todo cuanto podría incriminarlo. Es un artista.

Durante los siguientes tres o cuatro meses, Rosas fue reuniendo a todos sus allegados en Palermo. Los hizo retratar uno por uno o en grupos. Era su prueba definitiva de fidelidad. Es gracioso: varios se excusaron de participar del retrato. Rosas los mandó traer por la fuerza, pero algunos lograron huir hacia el Brasil o el Paraguay.

Yo pude retrasar mi compromiso hasta una tarde nublada y muy fría de mediados de julio en que el general me emplazó a cumplir.

Pero había tomado mis precauciones.

Lucien Milleaux dispuso de una sala sin calentadores ni nada que destruyera la reacción química de la exposición. El lugar, eso sí, estaba escandalosamente iluminado por las lámparas y habían traído dos o tres espejos de gran tamaño para que la luz fuera pareja.

—*Ne fumez pas* —dijo el retratista—. *S'il vous plaît.*

—Nada de tabaco, amigos —dijo Rosas—. El humo arruina el retrato y creo que algo de la química que usa es inflamable.

Dos mestizos nos acomodaron delante de una pared blanca y movieron un poco los espejos, de acuerdo con las indicaciones del francés. Nos preguntaron si queríamos sentarnos. El tiempo de exposición no bajaba de media hora.

—Pruebas como ésta, los caballeros las asumen de pie, con dignidad —declaró estúpidamente Carnicero.

Nos quedamos de pie.

Yo estaba a la derecha. Carnicero Martínez me flanqueaba y a su izquierda había dos militares de alto rango.

—Relájense —dijo Rosas jovialmente—. No es un pelotón de fusilamiento.

El cuestionario era simple: una única pregunta, repetida diez o doce veces a lo largo de la exposición. Ora por Rosas en tono perentorio, ora por el francés en defectuoso castellano.

—¿Juran fidelidad a Rosas y a la Confederación?

—Sí, juro.

—¿Juran fidelidad a Rosas y a la Confederación?

—Sí, juro.

Y entre sijuro y sijuro, el francés hacía que reemplazaran las lámparas o agregaran nuevas para compensar la luz cambiante. Durante ese tiempo mantuvimos la posición lo mejor que pudimos. No fue fácil.

Al final, Milleaux cerró la boca de su caja negra y nos dio las gracias.

En compensación por las molestias, Rosas decidió agasajarnos y el francés no pudo eludir ese compromiso.

Para cuando Milleaux logró salir de la casona de Palermo, ya

era de noche. Se dirigió directamente hacia una casilla de revelado que estaba a media hora de la casa del gobernador. No quiso que lo acompañara la guardia. Al parecer, alguien le había sugerido que, después de este último retrato, el dictador prescindiría de sus servicios para siempre.

Tal vez por esa misma razón dio pocas explicaciones del proceso de revelado o *de revelación*, como él decía. Llegó a la casilla, cerró la puerta y estuvo más de tres horas jugando con la química.

Después entraron los negros. No eran más que veinte. Forzaron la puerta, tomaron las placas y vaciaron los jugos que el francés tenía en las bateas. Antes que pudiera reaccionar, lo apalearon hasta dejarlo inconsciente, lo rociaron con aceite y le prendieron fuego.

Una vez terminada la ejecución, me trajeron los retratos. Al brillo de aquel fuego infalible que habían iniciado los negros, las placas mostraban —opaco sobre metal— un esbozo bastante difuso de nuestras figuras. Correcto en cuanto a las proporciones, pero pobre en el detalle. En torno a los cuerpos, el retrato insinuaba un halo dorado, que en mi caso era negro.

Quisiera decirles que salí apuesto en la placa, pero no puedo. Desde mi lugar en el retrato, la vieja figura del Bantú —ridículamente ataviada con el uniforme del Imperio— me miraba complacida.

—Les mentí —dijo el Bantú la noche del incendio en la casa del retratista—. Les dije que no sabía cómo era ser una bestia de la noche. La verdad es que yo sé… Yo mismo soy una bestia de la noche.

Había veinte negros en aquel descampado y los pálidos habían rodeado el sitio por si alguno se arrepentía. Hacía tiempo que Carnicero sabía de la doble naturaleza de su amo, así que contribuyó tanto como pudo en aquella iniciación.

Los primeros veinte vástagos serían negros. Salvo las concesiones a la familia de Rosas, ése había sido el plan desde el principio. Para Rosas y para los ingleses de la camarilla, seguiría siendo sir Roger Wall: una piel convenientemente refinada y una posición de privilegio por encima del resto del mundo. Para cuando ellos se enteraran y comprendieran el alcance de su decisión, América sería suya.

—Somos como leones disfrazados de ciervos. Tenemos el poder de escondernos, de transformarnos y esperar. El mayor poder

de una pantera es que sabe esperar.

—La noche, padrecito —dijo Josué, que se retorcía en el piso —. La noche duele…

—La noche es nuestra amiga. El silencio es nuestro enemigo. Ustedes serán mucho más de lo que fueron, pero para eso hay que aceptar este nuevo cuerpo y dejar atrás el cuerpo que tuvieron.

—Padrecito, duele. Quema en todos lados…

—Sí, ahora podés llamarme padre. Yo te di la vida.

A la mañana siguiente, veinte negros fueron acusados por la muerte del francés. Pero habían huido y nadie volvió a saber de ellos.

Noviembre de 1899 - Apuntes sobre una nueva estirpe

Volví al Reino en julio de 1844. Los federales insistían en seguir hostigando unitarios en la otra margen del Río de la Plata y esa postura fue censurada por el Foreign Office. Yo no podía darme el lujo de hacer un mutis apresurado. No quería correr riesgos innecesarios.

Desde entonces, sólo he vuelto una vez más a Buenos Aires, a finales del 51, para planificar la salida de Rosas del país. Estuve apenas un mes, pero dejé todo listo. En mi baúl diplomático transporté a las Islas gran parte de la documentación que el Restaurador usaría durante los tiempos venideros, ya fuera para deslindar acusaciones, o para descubrir alianzas, o bien para perpetuarse en el poder que le estaba predestinado una vez que decidiera su regreso.

Mi plan era acompañarlo en ese regreso. Buscar a los míos y compartir el poder de Rosas desde las sombras. Después de todo, sería mi hijo en la sangre. Me debía cierta pleitesía.

A su llegada a Southampton, todo estaba listo para transformarlo en un vástago, pero él pidió un tiempo para adaptarse.

Sé que en ese ínterin leyó cuanto texto le acercamos a fin de prepararse para el gran momento. Antes de que terminara el mes los devolvió todos, dijo que no le hacía falta saber más. Sé también que mantuvo una fluida correspondencia con otros argentinos exiliados en Inglaterra, Francia y España. Sé que realizó un par de asados para agasajar a algunos ingleses que había conocido durante su

gobierno. Pero no advertí que con el correr de los días se estaba apagando. Algo había cambiado en Rosas. Como si la fuente de su energía hubiera quedado en Buenos Aires, en su casona de Palermo.

Ya no era el mismo.

Algunos meses después me mandó una carta bastante extensa, que todavía conservo. En los últimos párrafos dice:

> Verá, amigo Wall, estuve pensando mucho en eso de vivir algunos años más de los que están en mi cuenta. Estoy cansado, y ya estoy grande. Además, me cuesta creer en ese Cristo que usted me refiere. Un dios hecho hombre que en su última cena inició una estirpe de inmortales al hacerles beber su propia sangre. Me gusta demasiado el vino de misa. Vino rojo federal. Llámelo romanticismo si quiere, pero hasta los leones estamos destinados a morir. No es una imposición: es el derecho de todo ser a un estado último y definitivo.
>
> También me he preguntado para qué sirve el poder. Y he llegado a la conclusión de que sólo sirve para retener y dominar aquello que uno quiere. Llámelo deseo, amor, ambición. El poder ayuda a satisfacer todas esas necesidades. Pero yo no amo, ni deseo. No necesito nada más. Esa puta (usted sabe a quién me refiero) se vendió barato al nuevo orden y ya me olvidó. Eso duele. Si tuve algún proyecto que tuviera que ver con ella, ya es cosa del pasado.
>
> Lo libero de cualquier deuda conmigo. Vuelva usted a Buenos Aires, si puede. Escríbame para saber cómo le fue. Si la pudo conquistar. Tiene con qué.
>
> Y asegure a los suyos que de mí no saldrá palabra, salvo éstas que son mi despedida.

No puedo decir que me haya alegrado esa decisión, siquiera que simpatice con ella. Mis colegas lo dejaron en paz y Rosas cumplió: se llevó el secreto a la tumba.

Con el cambio de siglo, se acercan tiempos interesantes. Me pregunto qué habría dicho Rosas de todo esto. A veces me sorprendo haciéndole comentarios en voz alta, como si todavía pudiera escucharme. Han pasado veintidós años desde su muerte.

Yo tampoco tengo necesidades.

En Buenos Aires me esperan con los brazos abiertos. Mis negros han sobrevivido a la Guerra con el Brasil y ya deambulan en las pieles de los hombres de bien, llenos de ideas progresistas. Ellos son la cima de la evolución. Los nuevos predadores que verán un nuevo siglo. Yo les prestaré mi territorio. Crecerán a mi sombra hasta ese día en que decida ver por última vez la luz del sol.

Hasta los leones estamos destinados a morir.

Alejandro Alonso

Alejandro Alonso nació en 1970 en San Martín, provincia de Buenos Aires, Argentina. En la actualidad se desempeña como periodista de tecnología y negocios. Publicó sus primeros relatos en Axxón a partir del número 33 (cuento "Demasiado tiempo"). Desde entonces ha continuado su carrera de escritor con gran empuje, publicando en la Argentina, México y España, y avanzando en calidad, contenido, imaginación y maestría de una manera avasalladora. Ha logrado juntar una producción muy potente por lo original de sus temas y por lo interesantes y bien escritas que están las historias. En Axxón además se pueden leer sus relatos "El decimocuarto día" número 46, "Procesos" número 47, "Postales desde Oniris" número 61, "Sociedad anónima" número 63, "La letra número 54" número 65, "...y tu firma al pie..." número 91, "Póstumo" número 100, "Disneylandia" número 109, "1807" número 112, "La duna del 40o aniversario" número 117 y Hombres y piedras número 125. En España resultó finalista en dos de las convocatorias a concursos de relatos (Pablo Rido y Domingo Santos) y últimamente han aparecido relatos suyos en Artifex Segunda Epoca. Como justo reconocimiento a su tenacidad y enorme capacidad de trabajo, tiene hoy un sólido panorama en posibilidades de publicación y de seguir cosechando galardones.

En el número 112 de esta revista apareció el relato "1807", que forma parte de una serie de cuentos de índole "fantástica" con ambientación histórica. En ese mismo estilo, se ubica "De memorias ajenas", que puede ser leído en la sección El Cuento Elegido, además de "Demasiado tiempo" y "Las cinco direcciones de su brújula".

Alejandro Alonso ganó el Premio Axxón 2001 en la categoría Cuento de CF con el cuento "La duna del 40° aniversario", publicado en el Axxón # 117.

Más recientemente, fue el ganador del prestigioso premio UPC del año 2002 por la novela corta *El camino a Trascendencia*, compartido con Pablo Villaseñor.

Axxón 134 - enero de 2004
Ilustró: Aradano

La máquina

Eduardo J. Carletti

No había niebla ese día. Las vías se veían hasta una buena distancia; hasta la curva del monte, concretamente. Marini apoyó el pie con cuidado para dar otro paso. Estaba desnudo. Entre los durmientes del ferrocarril había infinidad de piedras partidas a golpes, de bordes filosos. Si se lastimaba un pie tendría que desistir y el pueblo entero debería esperar a que su herida sanara. La gente lo miraría de otra manera. *Sí, quizás sirvas, pero eres un poco tonto.*

Marini era fuerte. Había trabajado tres cuartas partes de su vida cargando carretas en el campo de su tío y había desarrollado una buena contextura. Desde hacía siete años se dedicaba a trabajar sus músculos con ejercicios especiales que se concentraban en el esfuerzo estático y en el fortalecimiento del corazón. En una época muy dura en la que mucha, mucha gente pasaba hambre, el pueblo entero lo había alimentado y protegido, librándolo de pensar en su sustento.

Además de cargador y peón de campo, había estudiado mecánica y electricidad. Casi todos estudiaban algo así. No eran materias fáciles, ya que no había elementos para hacer práctica. Los libros estaban estructurados en base a un hecho muy simple: para aprender mecánica uno tenía los fierros enfrente, aplicaba las herramientas y solucionaba cosas. Ninguno de los que escribieron esos libros había tenido que encarar la mecánica como un estudio teórico. Pero el Advenimiento había transformado muchas tareas manuales en algo así.

Por suerte Marini había salido bueno, en lo físico y en el aprendizaje. Y ahora le tocaba demostrar que todo eso servía para algo.

La locomotora estaba a unos veinte pasos de él, algo herrumbrada pero intacta. Llevaba generaciones ahí. Marini dio un paso más y comenzó a sentir el Tensor. Era parecido al ahogo que se siente cuando uno se duerme boca abajo con un brazo debajo del cuerpo: una presión difusa pero molesta sobre el pecho.

Dio unos pasos; cada centímetro costaba más esfuerzo. La resistencia al avance tenía dos caras: el ahogo en el pecho que le producía el Tensor, que de a poco se volvía dolor, y el terreno que

parecía modificarse, aumentando el esfuerzo de sus músculos porque tenía una pendiente cada vez mayor.

No era una inclinación real: a la vista seguía llano y el cambio sólo se sentía en la fuerza de la gravedad. Sin embargo, para sus piernas la pendiente parecía haber alcanzado unos treinta grados.

Marini sudaba copiosamente, aunque recién había amanecido y la temperatura era baja. Dio un paso más. A doce pasos de la máquina parecía que una mano poderosa le tenía agarrado el corazón, estrujándoselo y tirando al mismo tiempo hacia atrás, como para sacárselo por la espalda. El Tensor. Aún lo aguantaba.

A siete pasos la combinación de las dos barreras —el cambio en la inclinación de la gravedad y el Tensor— lo hacía sentir como si estuviese aferrado a una ladera a sesenta grados, suspendido sobre el abismo con un peso de cien kilos colgado de un gancho en su corazón. Al tirón sobre el corazón la llamaban el Tensor y su función era impedir que los hombres alcanzaran las cosas prohibidas. La fuerza del Tensor aumentaba exponencialmente al avanzar hacia ellas.

Marini tenía ganas de gritar. Clavaba los dedos entre esas piedras, buscando terreno sólido para aferrarse. Su avance se contaba ahora en centímetros. Ya no trataba de calibrar el dolor en su corazón y en sus músculos. Quizás se detuviera, pero sería porque estaba muerto.

Descansó a cincuenta centímetros de la locomotora y la observó, tratando de recuperar algo de fuerzas. Sintió que su corazón fallaba por momentos, que se detenía y luego volvía a saltar hacia delante en espasmos, como un animal herido tratando de escapar. Avanzó un centímetro más, dos, tres.

Dicen que en nuestros genes están grabados los ancestros más lejanos. Marini se volvió reptil, convirtió sus pies en otras garras para aferrarse y empujó.

La pendiente era de casi noventa grados. El Tensor lo estaba matando.

Los últimos centímetros fueron pura agonía. En varias ocasiones creyó que ya estaba muerto, pero aún así continuó. Trepó a la locomotora, se deslizó por la baranda lateral, dio un tirón a la portezuela, apartó el esqueleto del conductor y comenzó a revisar los controles.

Su corazón ahora estaba libre. Dentro de la locomotora la gravedad era normal —no había inclinación en el terreno— y no

actuaba el Tensor. La consola de control estaba intacta. Los testigos del Advenimiento habían oído detenerse el motor y así lo habían escrito en el Libro. Los contactos estaban en posición de marcha, pero el Libro decía que la máquina se había detenido después de la muerte del conductor porque éste había caído sobre la palanca de avance. En la época de la normalidad los controles de las locomotoras, luego de varios accidentes ferroviarios desgraciados por culpa de muy humanos infartos, debían mantenerse en una posición muy definida para que la máquina funcionara.

Marini pensó que si sus textos de mecánica estaban bien —y él tenía el Manual de la Locomotora Diesel bien grabado en la mente— aún tenía que haber combustible en el tanque.

La locomotora se había detenido un martes a las 12:05 horas, diez minutos después del comienzo del Advenimiento. Era un día de buen tiempo, luminoso, así que difícilmente hubiese una luz eléctrica encendida en la máquina. De modo que sólo quedaba un interrogante: el esfuerzo de Marini sería un gran fracaso si la batería de la locomotora era de ácido, porque se habría degradado, pero si era de las últimas, selladas y de electrolito semisólido, lo más posible es que aún guardara energía.

A la derecha del conductor había tres valijas de mantenimiento. Cargó una y recorrió los pasillos de la plataforma lateral, abriendo las portezuelas del motor. Aplicó lubricantes, limpió conductos, purgó lo que había que purgar, comprobó engranajes, giró y ajustó manivelas, desarmó algunas partes, las limpió y las lubricó como si fuesen piezas de oro.

Antes de probar el arranque comprobó cada medidor y cada palanca.

En la ventanilla delantera, pegados sobre el vidrio, había una estampita de San Cayetano y una foto de Gardel. Las imágenes casi no se veían de tan descoloridas. Tocó la estampita con la yema del índice y ésta se soltó. La acercó reverentemente para besarla.

Pensó en una mujer, pequeña y hermosa, que lo amaba con fuerzas. Pensó en los hijos que aún no había tenido.

Colocó las palancas en posición y pulsó el arranque.

Hubo un instante de silencio. Y luego un agónico grito de engranajes. Nada. Pulsó por segunda vez. Chirrido. Una serie de explosiones. Cada vez más seguidas. Un rugido.

La cabina vibró agradablemente. El motor estaba vivo. Dejó que recordara sus funciones, que se estabilizara. Esperó con paciencia, con las lágrimas corriendo por sus mejillas. A unas

decenas de metros, siguiendo las vías, se veía a la gente del pueblo dando saltos y moviendo banderas.

La palanca de marcha entró con suavidad. Todas las partes móviles se quejaron, pero la locomotora avanzó. Lentamente.

El pueblo recibió a su héroe. Música, banderas y las chicas más hermosas bailando con energía sobre un tablado tosco. El Mayor del pueblo lo saludaba con la mano, ridículo en su traje de color negro desvaído.

Detuvo la máquina frente al tablado. Vítores.

Marini tenía una bella mujer y ella estaba allí, muy quieta, con los hombros caídos y las manos unidas frente a su regazo.

Marini creyó que la vería saludando, pero era mucho pedirle.

Vio que llevaba una leve flor en el pecho y, en un ridículo arranque, porque había estado con su mujer hasta hacía apenas unas horas, deseó con fuerzas acercarse para olerla.

Todos sabían que ya no podría bajar de la máquina. Por medio de hilos y sogas le pasarían la comida, agua, recipientes para higienizarse, algunas comodidades para que se armara una cama y un conducto para insertar en la entrada de combustible y recargar los tanques cuando fuera necesario.

Nadie podría acercarse a la máquina más que lo que la propia máquina se les había aproximado. Cuando terminara el festejo se irían retirando y no podrían volver a ponerse tan cerca, a menos que quisieran luchar con el Tensor y soportar lo que Marini había soportado. No había otras personas en el pueblo capaces de hacerlo, y por eso lo habían elegido a él.

Le arrojaron unas piedras con unos hilos plásticos sujetos a ellas. Tiró de uno y trajo hacia él el extremo de una soga delgada. Los otros eran fuertes hilos de pescador. Los fijó en la cabina y del otro lado los tensaron. Serían su comunicación con el mundo.

Tiró de la soga hasta que le llegaron, atados a su extremo, los extremos de unos cables eléctricos. Limpió las peladuras de cobre y los terminales con cuidado, como si fueran una herida en el vientre de su madre. Los conectó al panel de electricidad y accionó una llave.

Vio las luces que se encendían en el andén y oyó vítores. La garganta le estallaba de emoción.

La locomotora era Diesel eléctrica y a partir de ahora el pueblo tendría electricidad.

No había fuegos artificiales, pero sí muñecos de cartón. Los

extraterrestres eran delgados, altos y con piel de tono azul. Tenían ojos almendrados totalmente blancos, como los de algunos peces. El gesto de los muñecos era adusto y rezumaba aborrecimiento. Estaban representados bastante bien, con la fuerza y la precisión que genera el dolor y el odio del artesano.

El día del Advenimiento habían llegado con sus naves magnéticas a ejecutar una sentencia. Nadie sabía en nombre de quién. En cuestión de horas habían detenido la tecnología de los hombres y habían dejado a sus tensores como guardianes, para que no pudiesen volver a usarla. Como eran ahorrativos, los tensores estaban calibrados según la importancia de los artefactos. Nadie se podía acercar a un reactor nuclear, porque allí los tensores eran invencibles. Las industrias tecnificadas eran inalcanzables, lo mismo que cualquier central eléctrica.

Habían dejado a los hombres de regreso en la Edad de Piedra.

Los extraños se habían ido y los hombres intentaban ahora regresar.

El Mayor del pueblo se acercó y completó la ceremonia. Quemaron los muñecos azules y la gente vitoreó. Las banderas se agitaron.

Marini vio que todos se besaban y abrazaban, como si fuera la nochebuena.

Vio más lágrimas en la mejilla de ella, su Lucía, quieta ahí, sin que nadie se atreviese a abrazarla ni tocarla.

El resto de la gente se fue retirando, poco a poco, hasta que la delicada figura de mujer, la figura de su mujer, pequeña, frágil y temblorosa, quedó solitaria en el tablado, una flor más entre las flores que habían engalanado el festejo.

Mientras el viento secaba sus lágrimas, ella lo miraba. Marini pudo leer todas las cosas que había en esos ojos.

Luego de mucho tiempo, quizá un siglo, ella levantó la mano, saludó débilmente, y se alejó corriendo.

Marini se quedó solo, saboreando aquello que, le gustara o no, llamarían triunfo.

Eduardo J. Carletti

Aquellos que deseen saber sobre este autor pueden buscar su registro de datos en la Enciclopedia de la CF Argentina.

Axxón 134 - enero de 2004 / Ilustró: Valeria Uccelli

Expediente de uno que no existe

Sergio Gaut vel Hartman

—¿Nombre?

—Felipe Estanislao Clemdik.

Levanté la vista y lo miré a los ojos. —¿No es demasiado obvio?

Se encogió de hombros. —¿Hubiera preferido que me llamara Carlos Alberto Pérez?

—Sin lugar a dudas. No se puede comenzar una entrevista de estas características pateando los testículos (o los ovarios) del lector.

—Está bien. Empiece de nuevo.

—¿Nombre?

—Carlos Alberto Pérez.

—¿Ocupación?

—Personaje.

De todas las respuestas a una simple pregunta que se pueden recibir un lunes, a las ocho de la mañana, ésa era, de lejos, la más descabellada. El tipo me estaba esperando, sentado en la incómoda silla de madera de la recepción. No me pregunté cómo había entrado; eso hubiera sido suficiente para quebrantar mi ánimo. Lo dejé pasar tras echarle una mirada superficial. El tipo usaba ropa de cuero y un pañuelo rojo anudado al cuello. Su cara despedía un extraño resplandor. Tenía el cabello cortado al ras y lucía una expresión segura de sí, como si estuviera pensando en algo complicado y maravilloso, algo que yo no podría entender aunque me esforzara.

—De acuerdo —dije soltando la lapicera, entrecruzando los dedos y apoyando las manos encima del escritorio—. Felipe Estanislao Clemdik o Carlos Alberto Pérez. Personaje. ¿De qué? Cuento, novela, culebrón, película…

—No importa —me interrumpió—; de lo que sea. Me adapto a cualquier cosa. Necesito trabajar.

—Necesita trabajar. —Mi voz sonó neutra, ambigua. El tipo necesitaba trabajar, no de albañil o ebanista; quería trabajar de personaje—. No tengo nada, por ahora, pero puede aparecer algo.

¿Tiene experiencia?

El tipo dejó que una sonrisa franca le cubriera el rostro. Después metió la mano en el bolsillo de su campera y sacó un disco. —Mi experiencia —dijo arrojándomelo.

En la cara superior habían sido grabados algunos nombres: Jason Taverner, Ben Tallchief, Redrick Schuhart, Barney Mayerson, Snaut, Rick Deckard, Joe Chip, Janet O'Neill. —¡Esto no es serio! —exclamé. No eran nombres de cantantes.

—¿Por qué no? Dije que busco trabajo de personaje, no que sea todos ellos.

—¿Hace de mujer, también?

—De lo que sea —dijo el tipo.

Recordaba entrevistas virulentas que me habían dejado prisionero de ataques de histeria. Recordaba que, en esos casos, el sacrificio solía ser mi única recompensa. Recordaba una infancia maravillosa, llena de cosas vivas que anhelaban ser amadas. Recordaba a los que habían asesinado a mi mujer, simplemente porque no había pagado una deuda. En cierto punto, los recuerdos son sólo datos.

—¿Cuánto pretende ganar? —dije finalmente.

El tipo movió la mano de un modo extraño. —Con la inmortalidad me alcanza. Soy de poco comer, ¿sabe? No tengo grandes necesidades. Cuando consigo trabajo tengo casi todo lo que se puede tener, aquí y en cualquier parte.

—Entiendo. —Volví a leer los nombres impresos sobre el disco. Sabía quienes eran todos esos. El tipo no mentía. Pero no podía consentir una conversación esotérica y ficticia con un personaje que seguramente no existía. En un extremo de la oficina distinguí una estufa de gas pegada a la pared; una gran chimenea de estaño llegaba casi hasta el techo; ese objeto jamás había estado ahí —.¿Debo interpretar que usted aporta elementos secundarios a las tramas en las que participa?

—Exacto. Veo que es usted muy perspicaz; parece que me he puesto en manos de la persona indicada.

—No esté tan seguro. —Me miré las uñas. La del índice de la mano derecha estaba sucia; la del anular, en la izquierda, demasiado larga. Todo había sucedido rápidamente desde que el tipo llegara. En realidad ni siquiera sabía qué deseaba exactamente. Vislumbre una luz al final del túnel y me lancé de cabeza, antes de que él cerrara el agujero con alguna sustancia sacada de la manga —. ¿No se siente capaz de hacer de Jean Valjean o de Raskolnikov?

—¿Clásicos? ¡Ni loco! Ciencia ficción, algo de fantasía, surrealismo, rarezas.

—Eso me acota bastante las posibilidades. ¿Cree que alguien puede estar interesado en que usted se meta por la culata de una novela?

Se encogió de hombros. El gesto había pasado suavemente de Planck a Barney y de éste a Bulero y de allí a Eldritch y a Pembroke y a Valentine y a Janet y de ella a Malparto y a Snaut y a Rick y finalmente a Schilling y Ashwood. El gesto había formado un anillo a través de esa serie de personajes y podría seguir sin detenerse, extendiendo el círculo hasta la cuarta dimensión, formando una espiral u otra figura igualmente bizarra. En ese momento tuve la certeza absoluta de que Carlos Alberto Pérez (o Felipe Estanislao Clemdik, como en su insania pretendía llamarse) era un impostor.

—No soy un impostor —dijo el tipo adivinando mis pensamientos y refutando las tesis derrotistas que yo todavía no había formulado. No era una cuestión filosófica irrelevante o falta de sentido: lo que resulta imposible de probar atrae a los partidarios de cualquier doctrina en formación.

—Pero lo es, como lo somos todos. —Hice un inventario de los objetos extraños que habían entrado a mi oficina en los últimos minutos: respuestas que precedían a las preguntas, hojas de cuchillo sin filo, melladas y fundidas, cartillas de publicidad de playas inexistentes, cajas de fósforos sin cabeza, vacías, una revista, publicada varios meses atrás, que anunciaba un hecho que todavía no había ocurrido, el envoltorio de un caramelo, que era el envoltorio de un zafiro, que era el ojo de un gato, que era un caramelo ácido. Los mismos objetos heterogéneos de siempre, las mismas pinturas burdas, aunque aportadas por el original personaje que había invadido mi espacio privado como un vulgar depredador de los mundos ficticios. Esas cosas siempre terminan por saberse.

—Vulgar no —dijo el tipo—. Acepto lo demás, pero mi lucha contra la vulgaridad y los excesos no puede ser desconocida.

No me importaban los decires de Felipe Estanislao Clemdik (o Carlos Alberto Pérez); veía estallar ante mis ojos la vulgaridad y mediocridad de todas sus palabras y gestos, que parecían dispuestos a alzarse sobre mi como los leones rampantes de un escudo de armas. El tipo desanudó el pañuelo rojo que llevaba atado al cuello y lo volvió a anudar. Un párrafo entero se metió por el párpado de la habitación y se deslizó pared abajo, siseando como una culebra. Probablemente, pensé, el tipo trabaja las veinticuatro horas del día y toma pastillas para mantenerse despierto. ¿Quién no ha tenido

alguna vez un sueño sin estar dormido, quién no ha fantaseado una locura mientras a su alrededor el universo se desmorona? Se me ocurrió que podía salvar el día escribiendo un artículo sobre Clemdik (ni mención del otro, Pérez) mezclando audazmente los hechos reales ocurridos desde que el tipo me invadiera y un poco de la literatura especializada (conjetural, especulativa) que vengo leyendo desde que tengo uso de razón.

—Listo —dije, guardando la ficha en un cajón—; tengo todos lo datos que necesito.

—Un artículo no —dijo el tipo—. Escriba una ficción. ¿Así que es escritor? Yo creía que sólo regenteaba esta agencia de colocaciones.

—Las dos cosas —respondí, parodiando a un personaje de la televisión. De alguna manera tortuosa, cualquier personaje de la televisión era una especie de pariente de Clemdik.

—¡Usted no entiende nada! —exclamó el tipo poniéndose de pie abruptamente. Su rostro había adquirido un tono más rojo que el pañuelo; abría y cerraba los puños, como si se estuviera conteniendo para no arremeter contra mí y molerme a golpes. Empecé a repasar mentalmente todas las novelas que lograba recordar en ese momento, pero no hallé ninguna en la que un personaje se dispusiera a lastimar a su creador. Me sentí acorralado. Abrí el tercer ojo y capté y comprendí los motivos que latían detrás de mi deseo de escapar de ese lugar, dejándole el territorio expedito al adversario. La energía de los complicados diseños que Clemdik (o Pérez) había urdido para atraparme en esa especie de papel cazamoscas estimuló una vibración que me sacudió de arriba abajo, como si yo ya no tuviera ningún control sobre lo que estaba ocurriendo. Miré al intruso: desde lo más profundo de su cuerpo surgió una impalpable riada de odio; estaba forzando los hechos deliberadamente, más allá de lo prudente. Se parecía a un mendigo que de pronto se convierte en ladrón y va agregando amenazas y extorsiones a medida que descubre la vulnerabilidad de su víctima. Me pareció oportuno idear algo que demostrara que yo no había perdido la razón, que no estaba atrapado en los laberintos de mi ficción y que toda la experiencia había sido real, aunque recordara las páginas más irracionales y absurdas que alguien pudiera haber escrito.

—Vamos a cristalizar esto —dije, en parte para frenar su ira y en parte para poner en orden mis propios pensamientos—. ¿Lo conoce a Eduardo Carletti?

—¡Por supuesto! —dijo el tipo de ropa de cuero y pañuelo

rojo, pero sin aclarar nada más.

—Le voy a pedir que publique esto sin hacer demasiadas preguntas, ¿le parece? —Noté que el rostro de Clemdik se torcía en una mueca imposible, como si de repente se hubiera transformado en una máscara de goma.

—No necesito que me haga favores. —Ahora su tono era acre, áspero, rugoso como un estómago de buey—. Vine a pedir trabajo, no limosna.

—Es la única forma de hacerlo. En este universo usted depende de mí tanto como cualquiera depende de su creador en los otros. ¿Qué carajo quiere? —Estaba perdiendo la paciencia, y esa no es una buena señal, en especial si uno ya ha escrito media docena de páginas y lo que había creído un rumbo claro y definido empieza a parecerse a un maraña de calles sin salida.

—No se enoje —dijo el tipo, retrocediendo por primera vez —. Aceptaré lo que me dé. —Entendí el funcionamiento. Si yo tomaba el control, por exageradas que fueran mis maniobras, él debería aceptarlas. En realidad no tenía nada y no podía aspirar a mucho más. Decidí apretar las clavijas.

—Saldrá de aquí y seguirá mis instrucciones —dije con la mayor dureza que logré expresar—. Fue culpa suya, amigo y tendrá que encargarse de eso.

—¿Mi culpa, de qué habla?

No lo dejé respirar. —Han ocurrido muchas cosas que ninguno de los dos entiende. Obviamente, no quiero que se tire desde nueve metros de altura por una discusión sin importancia. Pero le marcaré a fuego dos o tres directivas con cargo de eliminación si no las cumple…

—¡Es abusivo!

—Es —repliqué—. Eso o nada. Grábese bien lo que sigue. Uno: saldrá de este lugar y ésa será su recompensa. Se enterará de que usted es un ser detestable, una entidad abyecta que me he comprometido a destruir. No me interrumpa. Dos. Cuando recorra las calles de esta ciudad, de este país, de este universo se encontrará con una serie de mujeres en dificultades, a las que ayudará a desembarazarse de sí mismas utilizando el método más simple y discreto posible. Usted no es un asesino por naturaleza, lo sé, pero en la piel del personaje obedecerá mis órdenes sin apartarse una línea del guión. ¡Cállese! Tres, lo más importante: para cerrar este relato en tiempo y forma procurará sacarle el máximo partido a la situación; yo no voy a estar allí para encarrilarlo cuando se aparte

del camino. Piense que hasta ahora me limité a tirar líneas para que ocupe un espacio en la ficción y que ahora las recojo, subiendo el valor de la apuesta, más que nada para que su participación no sea tan anodina. Y por sobre todas las cosas: para que recuerde quien es el amo.

—¿Terminó?

—Sí. ¡No!

—¿Sí o no?

—Cámbiese el nombre; con ese nombre ridículo no irá a ninguna parte.

El personaje se encogió de hombros. —Lo dejo a su criterio. En realidad no me importa.

Sin volver a mirarlo, empecé a empaquetar los objetos extraños que se habían adherido como lapas a la paredes del texto. Una fuente de energía ilegal envuelta en tela; jarrones de cerámica, grabados, muebles y adornos obtenidos en una liquidación; diversos tipos de piezas de arcilla cocida robadas en un mercado oriental y muchos otros instrumentos diversos arrojados de cualquier modo en el interior de una tolva metálica que había aparecido en los últimos segundos. Luego saqué una ficha en blanco y empecé por el principio. Sin preguntarle nada al tipo, que había quedado paralizado como la mujer de Lot, escribí: Daniel Femouk, treinta y tres años, fantasma…

—¿Qué hace? —gimió el tipo aterrado. El pañuelo rojo se había ido tornando azul a medida que yo escribía; la ropa de cuero parecía de papel; el primitivo resplandor del rostro se había apagado y los pocos cabellos que coronaban su cabeza se desprendían como hierba seca. En su mente no quedaba un solo pensamiento y no había nada que entender.

—Tiene razón —dije. Le eché un vistazo a la ficha, más que nada para estar seguro de que no me había equivocado, la rompí en veinte o treinta pedazos.

Sergio Gaut vel Hartman

Sergio Gaut vel Hartman nació en Buenos Aires en 1947. Es un autor muy prolífico, que ha publicado numerosos relatos en revistas de todo el mundo. Es autor del libro de cuentos Cuerpos descartables, Minotauro, (1985). Fue creador y director de la revista Sinergia y posteriormente director de la revista Parsec. En Axxón hemos presentado en el número 67 un especial dedicado a él, más los cuentos “Crías de esturión”, Axxón-69, “Náufrago de sí mismo”, Axxón-60 “Encubridor”, Axxón-100, “Disfraz”, en Axxón-123 y “Muñecas rusas”, en Axxón-129. Más datos sobre Sergio en la

Axxón 134 - enero de 2004

Babel revisitada: las lenguas humanas y sus orígenes

Marcelo Dos Santos

> "Y vino una gran oscuridad, y grandes vientos dispersaron las canoas hacia aquí y hacia allá. La gente quedó separada, y algunos fueron llevados muy lejos. Mucho tiempo después, comenzaron a vagabundear para buscar a otros pueblos, y encontraron que hablaban lenguas diferentes, y ya no podían entenderse unos a otros".
>
> —Leyenda Kaska

> "Toda la tierra tenía un solo idioma y las mismas palabras. Pero aconteció que al emigrar del Oriente, encontraron una llanura en la tierra de Sinar y se establecieron allí. Y dijeron: 'Venid, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo. Hagámonos un nombre, no sea que nos dispersemos sobre la faz de toda la tierra'. Yahvé descendió para ver la ciudad y la torre que edificaban los hombres. Entonces dijo Yahvé: 'He aquí que este pueblo está unido, y todos hablan el mismo idioma. Esto es lo que han comenzado a hacer, y ahora nada les impedirá hacer lo que se proponen. Vamos, pues, descendamos y confundamos allí su lenguaje, para que nadie entienda lo que dice su compañero'. Así los dispersó Yahvé de allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad".
>
> —Génesis 11:1-9

Babel y las canoas

Hacia 1393 a.C., un hombre llamado Moisés Faraón nació en Egipto. Su historia fue interesante, ya que de un pequeño bebé abandonado a las garras de la muerte llegó a ser el más importante patriarca del pueblo judío, su legislador, su organizador, su caudillo y su libertador.

No sólo condujo a los hebreos a la Tierra Prometida, sino que tenía trato directo con el Creador, quien lo convirtió en receptor de la Ley para transmitirla a todo el pueblo.

Corriendo el tiempo, cuenta la tradición que el propio Moisés terminó redactando los cinco primeros libros de la Biblia (el "Pentateuco"), a los que los judíos llaman, simplemente, "Torá" ("La Ley").

Y este buen hombre, destinado a ser el Rey del Nilo, recibió en cambio el encargo de convertirse en el Libertador, el Legislador y el Organizador del pueblo hebreo, nuestros remotos ancestros culturales y filosóficos.

Y así se hizo: Moisés liberó a los judíos de la esclavitud, y, ya maduro, los condujo a la Tierra Prometida.

En uno de los libros de la Torá, se explica brevemente la diversidad de los idiomas, bajo la forma de una maldición de Dios para castigar el pecado de soberbia de los hombres.

En la otra leyenda que abre este artículo -acaso más ajustada a la realidad- los indios Kaska de la nación Atabaska del Canadá explican las diferencias entre las lenguas mediante una larga separación y un posterior reencuentro.

Muchos siglos después, sigue resultándonos increíble la maravillosa diversidad de las lenguas humanas. ¿Cómo llegaron a existir tantos idiomas y tan diferentes unos de otros? Todas las lenguas se basan en una misma lógica, que es la lógica del cerebro humano. Si esto es así, ¿por qué tenemos el Japonés y el Polinesio, el Castellano y el Magyar, el Inuit y el Italiano? Misma lógica, misma anatomía del aparato fonador. ¿Por qué esta vocinglera confusión abigarrada?

Acaso sea interesante volver sobre los pasos de las canoas atabaskas, o volver a visitar la Babel bíblica, un instante antes de que el Todopoderoso decidiera diversificar los idiomas del orgulloso ser humano.

Judíos, caballos y ADN

La historia de las lenguas está relacionada, como es obvio, con la historia del Hombre. No existe la una sin el otro (ningún animal puede hablar) ni viceversa (si una especie no posee lenguaje verbal, no es humana).

La lengua humana, pues, apareció junto con el Hombre: en otras palabras, mientras los miembros más primitivos del género Homo

no pudieron hablar y entender, no fueron verdaderas personas. Pues: ¿cómo podría transmitirse una tecnología si no es a través de una lengua? ¿Cómo se conservarían las tradiciones, los parentescos, las raíces culturales? Sólo a través de los idiomas, de nuestras nobles y versátiles lenguas humanas.

Este artículo trata, específicamente, de la **genealogía** de los idiomas. Y, como es lógico, la suya es tan enrevesada y complicada como la mismísima genealogía de los hombres.

Acaso con algunos ejemplos esto se comprenda mejor.

En 1985 nació mi primer hijo. Sus ancestros provenían, por parte de padre, del norte de Portugal. Mi abuelo paterno nació en Braga, muy cerca del límite con Galicia. Mi abuela paterna era descendiente de vascos de Bilbo. Mi abuelo materno, de Cantabria, cerca de Castro-Urdiales. Mi abuela materna, descendiente de genoveses, piamonteses y toscanos. En lo que respecta a mis hijos, **ésa es solamente su ascendencia paterna**. Por parte de madre, tienen también piamonteses y toscanos, belgas flamencos, italianos de lengua albanesa y sabe Dios qué más. ¡Y que conste que sólo me estoy remontando a sus bisabuelos o tatarabuelos!

Si hablamos de gente más famosa o más importante, el grado de complejidad de su ascendencia es igual o peor que la suya o la mía. Guillermo el Conquistador, el célebre vencedor de Harold en Hastings, llegó a ser rey de Inglaterra pero era en realidad un francés de Bretaña. Sus antepasados, sin embargo, habían invadido Francia desde Noruega menos de 200 años antes. Un rey inglés, de nacionalidad francesa y descendiente de vikingos escandinavos. Pero no es todo.

Los anglosajones de Harold, destruidos por Guillermo en 1066, provenían de las estepas del Asia Central. Eran anglosajones. Sí. El origen de la sangre sajona está en lo que hoy es, más o menos, Armenia.

Pero Gran Bretaña no es sólo Inglaterra. Se cree que los reyes celtas de Irlanda provienen de las estepas ucranianas, alrededor de las riberas del Mar Negro. Sus tradiciones los muestran viniendo en barco. ¿Ridículo? Ningún científico serio lo ve absurdo. El estaño que los celtas irlandeses importaban se lo vendían los fenicios y lo transportaban por mar. Y lo hicieron **desde antes de que los celtas llegaran a Irlanda**. Quienesquiera que fuesen los habitantes primitivos de las Islas Británicas (pictos o marcianos) **ya importaban estaño**de los fenicios. Los celtas sólo mantuvieron un proveedor que se había mostrado eficiente en el pasado.

¿Por qué se movía tanto aquella gente? Lo mismo daría preguntarse

por qué se movieron tanto los españoles y los italianos a principios del siglo pasado. Cuando una cultura se vuelve fuerte militar o tecnológicamente, normalmente necesita expandirse. Es por ello que los vikingos invadieron Portugal en el siglo X, o los árabes España en el VIII. También las guerras o las hambrunas o todo tipo de desastres humanos o naturales impulsan movimientos migratorios, inclusive a la otra punta del mundo. Los italianos llegaron aquí en 1915 escapando del hambre: los españoles, del feudalismo de su país primero y de la espantosa Guerra Civil después. Todos traían sus herencias culturales. Y la más importante de todas (por no decir la única importante): su lengua.

Imaginen a mis hijos: hablan la lengua de Cervantes sólo por casualidad. Pudieron hablar portugués, lengua latina casi idéntica al Bajo Latín de las provincias. Pudieron hablar xeneixe, el dialecto genovés; o toscano, o piamontés. Incluso italiano, la menos italiana de las lenguas peninsulares. Pudieron hablar flamenco, un idioma sajón muy parecido al holandés y derivado del alemán. Pudieron hablar albanés, lengua eslava emparentada con el Serbiocroata y el Checo. Pero hablan castellano, vaya por Dios. Como demostramos que pudieron hablar cualquier idioma, convengamos en que mis hijos pudieron ser también de cualquier religión: los árabes, judíos y cristianos convivieron en España y Portugal desde la invasión árabe de 711. Judíos y cristianos, desde mucho antes. De hecho, cuando los romanos llegaron a España en tiempos de Quinto Flacco, se sorprendieron mucho de encontrar el país lleno de judíos (que se llamaban a sí mismos **sefardim**) y que convivían tan campantes con los celtas y los íberos. Después, las tres razas se separaron, justo el año del Descubrimiento: en efecto, en 1492 Colón redescubrió América, los Reyes Católicos emitieron el Decreto de Expulsión de los judíos, y el ejército de la Reconquista terminó definitivamente con el dominio musulmán de la península.

Es obvio que la mayoría de los judíos no se dejó expulsar: simplemente se convirtieron. Muchos musulmanes también (es decir casi todos). Tanto unos como otros tomaron nombres cristianos y abandonaron las juderías y los alcázares para mezclarse con los españoles. ¿Puede algún hijo de españoles o portugueses asegurar que es un cristiano de pura cepa? La respuesta es no.

Pero vayamos hacia el pasado, hacia el origen de todo.

Hubo unos tipos en China que se llamaban Tocarianos. Estos antiguos habitantes eran blancos y sus motivos culturales y pictóricos son, punto por punto, similares a los de los celtas irlandeses. Casualmente, la tradición de los descendientes de estos Tocarianos dice que provienen de las estepas del Asia Central.

Concretamente, de Ucrania.

¿Cómo es posible?

Es sencillo. Como las clases acomodadas, las elites, avanzan tecnológicamente mucho más rápido que los pobres, los nuevos logros técnicos siempre ganan en la carrera contra las migraciones poblacionales, que típicamente están formadas por los más desposeídos.

En otras palabras: unos hombres, en Europa Oriental, aprendieron a domesticar el caballo más o menos en el siglo XX antes de Cristo. Los caballos pertenecían, es claro, a los jefes de ese pueblo. Por lo tanto, en unos pocos siglos, la élite dominante de la raza de los jinetes pudo distribuir su lengua por todo el mundo conocido. La migración de los pobres de su país llegó a Portugal, pongamos, un milenio después. ¿Qué se encontraron? A unos hombres a caballo (del que ellos carecían) que hablaban el lenguaje de sus antiguos señores (que ellos habían olvidado). La ventaja tecnológica **siempre le gana** a la migración de los hambrientos. Además, también ocurrió que esos "Señores de los Caballos" llegaron, por ejemplo, a Portugal, y dejaron a los portugueses encantados con esos enormes, útiles y temibles animales que les traían. Y, se sabe, un pueblo atrasado suele adquirir la tecnología y la lengua del pueblo avanzado que lo "visita" (por no decir lo **invade**). ¿O el lugar donde usted está leyendo este trabajo no se llama *Internet* y el equipo donde lo hace no se llama acaso *PC*? Lamento desilusionarlo. Ninguna de las dos son parte de su idioma, sino del de los que nos trajeron los espejitos. Como a los portugueses prehistóricos.

Y los jinetes europeos ni siquiera fueron los primeros. Hubo otros muchachos, mucho antes, que aprendieron a producir bronce en el Sudeste Asiático. ¿Cómo decirlo? Los inventores de la escritura y de la civilización occidental, los Sumerios, recibieron la tecnología del bronce y su lengua de este ignoto pueblo asiático. Su tradición lingüística desapareció, pero el bronce no (era demasiado útil para hacer armas) y esa tecnología derivó, a su tiempo, en el trabajo del hierro, en usted, yo e Internet.

Queda, por supuesto, por determinar de dónde llegó a la Mesopotamia la lengua que hoy llamamos Sumerio o Protosumerio. ¿Acaso de la India? ¿Tal vez de las mismas estepas donde se enlazaron y civilizaron los primeros caballos?

Aunque el género Homo es muy antiguo, el Hombre moderno (*Homo sapiens sp. sapiens*) es bastante reciente: apareció en África en los últimos siglos del Pleistoceno. ¿Qué pasó con nuestros viejos amigos, *H. sapiens cromagnonensis*y *H. sapiens neanderthalensis*? ¿Los

devoramos? ¿Los destrozamos? ¿O pasó lo del portugués y el estepario dueño de bellos ejemplares hípicos? La pregunta no tiene mucho sentido: si un extraterrestre viniera hoy a visitarnos, sería muy difícil explicarle por qué los descendientes de indígenas sudamericanos provienen, étnicamente, de grupos mongoles, pero sin embargo hablan castellano o portugués, lenguas descendientes del Latín de los antiguos romanos.

Aunque no tenga sentido, los científicos insisten en repetirse la misma pregunta una y otra vez, y los resultados son, como mínimo, raros. Hay dos clases de evidencia contrapuesta:

1. Los nuevos análisis de ADNmit (ADN mitocondrial) demuestran sin asomo de dudas que los Neanderthales y Cromagnones ya no están entre nosotros. Todos los seres humanos que vivimos hoy tenemos en nuestros cuerpos el ADN de la célebre “Eva Africana”, y ni una brizna de alguna desconocida “Eva Cromagnon o Neanderthal Europea”. Por lo que respecta a la genética, Cromagnon y Neanderthal están tan muertos como la Luna.
2. Sin embargo, los antropólogos y paleontólogos no están muy de acuerdo con los genetistas. Si nos referimos a fósiles humanos de un par de millones de años de antigüedad, la estructura ósea de los africanos es muy distinta, por ejemplo, de los encontrados en China. Y, casualmente, esas diferencias son exactamente las mismas que las que hay entre los huesos de, digamos, Michael Jordan y Ho Chi Minh. Las divergencias morfológicas de los esqueletos ancestrales se repiten en nuestros huesos, hoy en día.

La evidencia es ambigua y la teoría es más ambigua aún. Si bien todos llevamos en las células los genes de una sola mujer, es obvio que esta señora no era la única mujer fértil en esa África de hace 100.000 años. Y casi todas ellas dejaron descendientes. ¿Qué puede haber ocurrido?

Un grupo de hombres inteligentes hizo el siguiente experimento: hicieron el seguimiendo de los genes de Carlomagno. Se registraron varios cientos de miles de mapas genéticos de estudiantes franceses, y se compararon con la genética del rey carolingio. Se descubrió que la línea femenina de Carlomagno (expresada en su cromosoma Y) desapareció de la faz de la Tierra con la muerte de William de Burgh, 4º Conde del Ulster. Este caballero irlandés fue el último ser humano cuyas células llevaron un cromosoma Y de Carlomagno. Sin embargo, se comprobó que casi 4 millones de franceses (es decir, algo así como el 7% de la población) poseen ADN del soberano

francés. La respuesta es simple: si bien el cromosoma Y de Carlomagno fue destruido en la Irlanda del siglo XIV, el monarca tenía otros 45 cromosomas que dejaron una clarísima impronta en la población de su país, sin importar los siglos transcurridos desde la extinción de su linaje.

Así como el ADNmit de la Eva Africana sobrevive en todos nosotros y se puede rastrear en cada ser humano vivo actualmente, muchos de los cromosomas humanos provienen de cualquiera de los demás seres humanos vivos en aquellos tiempos, sólo que no tenemos contra qué compararlos.

De la misma manera en que unos genes nuevos reemplazaron a los antiguos y originales (por cierto que Eva no vivía en Europa, aunque los europeos tenemos su ADN igual que cualquier africano), los idiomas se reemplazan unos a otros por razones que pueden parecer increíbles y misteriosas.

El sentido común indica que, así como la madre transmite su ADNmit a sus hijos, también les enseña su lengua, que no por nada se llama “lengua materna”.

Cuando los romanos invadieron la Europa celta el Bajo Latín reemplazó de inmediato a las lenguas celtas, que a su vez, poco tiempo antes, habían reemplazado a los idiomas indígenas. ¿Es que las madres celtas enseñaban a sus hijos el Latín en vez de su propio lenguaje?

Hay, en realidad, una fuerte presión sociocultural para que los niños aprendan el idioma de las élites dominantes. Usted no envía a sus hijos a aprender sueco ni quichua, imagino, sino inglés. Del mismo modo, las madres celtas del siglo I enseñaban a sus hijos el Latín, porque los romanos cumplieron en aquel mundo el mismo papel que los norteamericanos hoy, y César, Adriano y Antonino Pío fueron los Harry Truman, Jack Kennedy y George Walker Bush de la Antigüedad. A tal punto es fuerte este impulso que los idiomas celtas reemplazaron a todas las lenguas de Europa Occidental antes de ser a su vez barridos por el Latín. La única lengua prerromana y precelta que sobrevive en la actualidad es el Vasco, Vascuence, Basko, Euskera o Euskara, de origen desconocido.

Siguiendo el mismo razonamiento, los señores siempre han tenido mayores posibilidades de llegar a viejos, medrar y reproducirse que los campesinos hambrientos e iletrados, y ése es el motivo de que casi el 10% de los franceses desciendan de Carlomagno y nadie, que sepamos, de los artesanos o mozos de cordel contemporáneos de aquel rey.

El indoeuropeo, padre de lenguas

Si reconstruir la historia humana es difícil, la genealogía de las lenguas prehistóricas es una tarea ciclópea y casi imposible. Tenemos pistas, por supuesto, pero de allí a los hechos comprobados hay un universo de distancia.

Podemos identificar, mediante el sentido común, la lengua primitiva de los aborígenes australianos, relacionarla con la de los negritos melanesios (basándonos en criterios etnográficos más que lingüísticos) y afirmar que ella es el antepasado del actual idioma aborigen australiano.

Si hemos demostrado que los mongoles atravesaron el Estrecho de Behring y se convirtieron, andando el tiempo, en los indios americanos, es obvio que la lengua que trajeron puede ser definida como Protoamerindio, considerada ancestro común de todas las lenguas indias y derivada de alguna lengua mongola. Si bien el ona, por ejemplo, poco o nada tiene que ver con el quichua o con el cherokee, Greenberg y Ruhnen han demostrado un grupo de pronombres comunes en todas las lenguas indias americanas que tienden a señalar un ancestro común. Muy poco, casi nada más.

Y estamos hablando de sólo 4, 5 ó 10 mil años… ¿Cómo serían las lenguas de 15, 20 ó 35 mil años de antigüedad, las lenguas del Pleistoceno tardío, los idiomas con los que el Hombre se hizo Hombre?

Algunos indicios (pocos pero firmes) indicarían que todas las lenguas humanas provienen de la Cultura Magdaliense de Asia, un grupo humano que floreció por toda Eurasia hace unos 15 ó 20 mil años…

Por aquellos tiempos, un grupo de lenguajes, a los que llamamos Dene-caucásicos o Cauco-siníticos, dominaron el Norte de Asia.

Como la misma tecnología lítica que campeaba por aquella zona se extendió luego por toda América, es razonable pensar que el lenguaje de aquellos pueblos también lo hizo. Parece ser que los caucásicos, más fuertes, presionaron a los protoamerindios y los persiguieron fuera de Asia, entrando a América. Nada queda hoy de los protoamerindios en Asia. Sólo los audaces (y más veloces) que pudieron mantenerse delante de los caucásicos lograron sobrevivir. Sus descendientes son, hoy, los indios americanos.

Una vez expulsados los amerindios, los caucásicos sufrieron, a su vez, lo mismo que ellos hicieron padecer a los antepasados de Gerónimo y Atahualpa: los euroasiáticos los invadieron y los

obligaron a emigrar. Este puede ser el motivo de que haya algunas “bolsas” de lenguajes caucasianos en el norte de China, por ejemplo.

Si ellos fueron tan fuertes y avanzados, ¿por qué fueron derrotados tan rápido por los euroasiáticos?

Algunos investigadores especulan con que la domesticación del lobo (el perro) fue la ventaja con que contaron los nuevos dominadores de Eurasia. El perro, invalorable en la caza y en la guerra, se encuentra asociado con múltiples enterramientos euroasiáticos pero nunca se han encontrado huesos de perro junto a restos humanos caucásicos de aquella época.

Luego de todas estas invasiones y contrainvasiones, muy pronto un grupo de lenguas desplazó a todas las demás y se volvió dominante en toda Europa y gran parte de Asia: la llamamos una “subfamilia” de la familia Euroasiática y su nombre es “Subfamilia Indoeuropea”.

Sabemos que el Euroasiático se desprendió de las lenguas Afroasiáticas hace unos 15 mil años, y que su hijo, el Indoeuropeo, era la lengua de aquellos primeros criadores de caballos que tanto deben haber sorprendido a mis ancestros portugueses.

Imagínese el cuadro: la agricultura sin caballos produce sociedades más o menos igualitarias y sedentarias, mientras que la posesión de grandes caballos de guerra tiende a hacer sociedades agresivas, de castas bien diferenciadas (los dueños de los caballos y los otros) y seminómadas, porque el vehículo recién domesticado les otorga una enorme, portentosa movilidad.

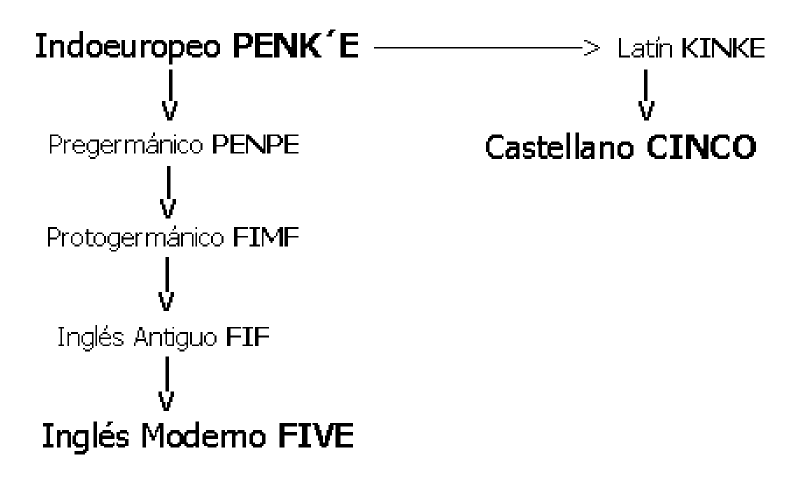
Este pueblo, los Kurganos, llevó sus animales, su sistema de castas y su agresividad por toda Asia y Europa. Impuso las divisiones sociales en la India, Grecia y las estepas. Llevó sus dioses hasta la mismísima Italia. Y su lengua. Entre paréntesis, el nombre del pueblo es el mismo que el de las estepas donde vivieron: el Kirguistán.

La lengua indoeuropea dominó Europa mucho antes de que apareciesen los romanos, y sus idiomas descendientes conquistaron el resto del mundo luego del descubrimiento de Colón.

Se sospecha que el Indoeuropeo comenzó a separarse en diversas lenguas hace unos cinco milenios, lo cual es nada en términos geológicos, pero una eternidad en el campo de la evolución lingüística.

Tanto se diferencian las lenguas en un par de milenios que, aunque parezca increíble, los nombres de los números en Castellano e Inglés derivan ambos de los nombres indoeuropeos de los números.

Aunque parezca increíble, el Castellano **cinco** y el Inglés **five** provienen de la misma palabra Indoeuropea, **penk'e**:



La explicación de que dos palabras tan distintas tengan un antepasado común estriba en uno de los mecanismos básicos de la evolución de los idiomas: la mutación consonántica.

El indoeuropeo **pen'ke** tenía dos consonantes diferentes, **p** y **k**. Sin embargo, las palabras muy usuales y que deben decirse rápidamente (los nombres de los numerales caen de lleno en esta categoría) tienden a llevar **dos consonantes iguales** en aras de la facilidad de pronunciación. La realidad aquí fue que los celtas y sajones eligieron dejar la palabra con dos **p** (de allí **penpe**), mientras que los prerromanos elijieron duplicar la **k** (**kenke** o **kinke** en vez de **penpe** o **pimpe**). Más tarde, las **p** sajonas se convirtieron en **f** y **v**, pero las latinas dieron en acabar como **c** (ó **s**) y **c** (pronunciada **k**). De ahí la **aparente** diferencia entre **five** y **cinco**. Sin embargo, se trata de la misma palabra. Sólo se tomaron decisiones diferentes respecto de qué letra conservar y cuál abandonar.

Nuestros ya conocidos Kurganos no se limitaron a llevar su lengua y sus parejeros por toda Europa: también habían domesticado las vacas y las ovejas y habían descubierto cómo cultivar la cebada. Quiere decir que difundieron, junto con los caballos, la lana, el queso y la cerveza. También inventaron las cuerdas de cuero y el hacha de combate. Más importante aún, la movilidad de sus ejércitos, con guerreros a caballo y suministros transportados por carros de bueyes, fue algo nunca visto y que cambió el aspecto del planeta. No es sorprendente que hayan conquistado todo el mundo conocido en un tiempo increíblemente corto.



Guerrero Kurgano en la visión de un artista

A pesar de que no se movilizaban al estilo de los grandes imperios posteriores (en rigor no eran un gran imperio, sino pequeñas bandas de desarrapados aventureros en lugar de gigantescas falanges o legiones organizadas) el impacto cultural de los Kurganos fue, si cabe, más importante todavía que el tecnológico: en lugar de someter a sus enemigos por medio de las armas, descubrieron que la "absorción cultural" era muchísimo más efectiva. Además de compartir sus logros técnicos, "obsequiaban" a sus vecinos su lengua, su sistema agrario y las ventajas de vivir como los conquistadores.

Para muestra basta un botón: los daneses (por aquellos tiempos, conocidos por los antropólogos como Cultura de Ertebolle) resistieron a la revolución neolítica durante siglos y siglos, pero ¡comenzaron a cultivar la cebada apenas aprendieron de los Kurganos la receta de la cerveza!

Una cronología más bien inútil

El matemático y experto en algoritmos de computación James Dow Allen (en cuyos trabajos sobre los diagramas de flujo genealógicos de las lenguas se basa mayormente el presente artículo) cree que la pregunta es, sin embargo: ¿por qué los celtas, escandinavos o indios aprendieron el lenguaje de los Kurganos y no a la inversa? Los Kurganos, un pueblo libre y viajero, daban la bienvenida a los

recién llegados, y posiblemente hubiesen aceptado con beneplácito nuevas adiciones lingüísticas. Los granjeros primitivos a los que ellos conquistaron, en cambio, constituían sociedades homogéneas y conservadoras, poco inclinadas a aceptar a los extranjeros y menos aún a aprender su lengua.

¿Cómo podemos describir, entonces, la evolución de las lenguas occidentales a partir del idioma de los Kurganos?

Intentemos, siguiendo a Allen, una breve cronología lingüística, con algunas referencias a la historia y la técnica:

En 7000 a.C. se introduce la agricultura en la Europa Meridional.

En 5500 a.C. se expande a Europa Central.

En 4500 a.C., el lenguaje Hitita se separó del Indoeuropeo.

En 3500 a.C. los carros y los bueyes son introducidos en Ucrania. Esto se sabe porque tanto la rama Germánica como Tocariana tienen palabras para "rueda" que son descendientes del Indoeuropeo. En esta lengua, "rueda" se dice **kwe-kwlo**. Compárese con el Inglés **wheel**.

En 3000 a.C. el Griego, el Balto-Eslavo y el Indoario se separaron a su vez. Sabemos que la separación es reciente porque los tres se encuentran estrechamente emparentados, o sea, no han tenido tiempo de divergir demasiado. Por esta época también el Tocariano y el Europeo Occidental se separaron del Indo-Eslavo-Griego.

En 2200 a.C. el pueblo de lengua Aquea invade Grecia.



Estepas del Kirguistán

Todos los científicos serios admiten que los Kurganos son los antepasados comunes (genéticos y lingüísticos) de los Indoarios, los Griegos, los Armenios y los Balto-Eslavos. No se conoce con certeza el origen de los Italianos, Celtas y Germanos, pero es muy posible que nuestros criadores de caballos también hayan tenido aquí mucho que ver.

Una teoría bastante aceptada indica que la migración de los Indoeuropeos en Europa Central dio origen a los Germanos (en 3000 a.C), a los Balto-Eslavos y a los Italianos y Celtas cerca de 2500.

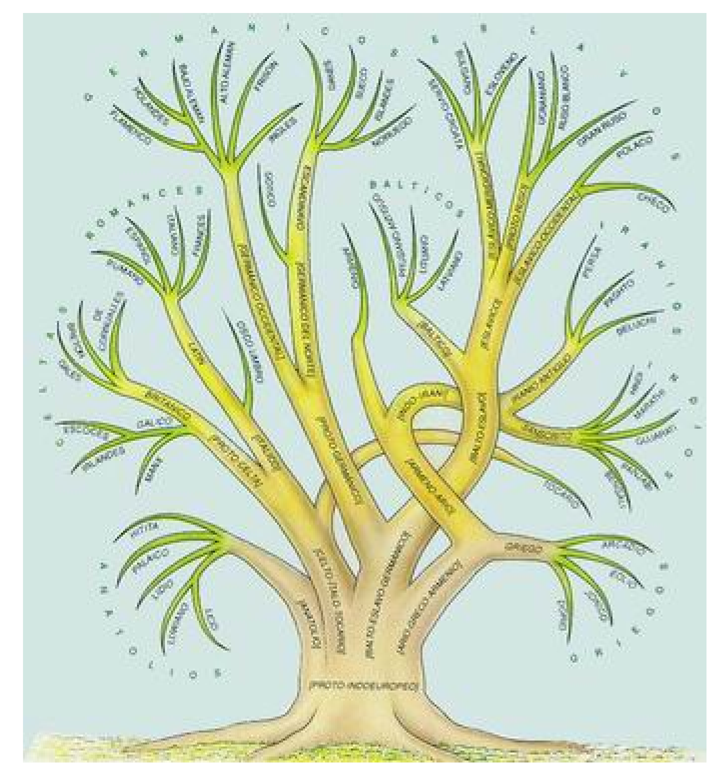
Sin embargo, hay indicios que señalan que una “ola” lingüística anterior al Indoeuropeo (llamada “Europeo Antiguo”) llegó a Europa desde el Medio Oriente milenios antes de la introducción del caballo. Si esto es cierto, es muy posible que los idiomas preindoeuropeos como el Etrusco o el Pelasgo hayan sido sus últimos restos.

Hay lenguas todavía más antiguas: el Euskera Vasco es **anterior incluso al Europeo antiguo**, y algunos lingüistas sitúan sus orígenes en Asia Central o el norte de África.

Indoeuropeo… ¿indio o europeo?

La relación entre el Indoeuropeo y el Europeo Antiguo no está del todo clara: hay quienes sostienen que el último es hermano o padre del primero. Esta idea implica que los Kurganos llegaron a Ucrania desde el Oeste y no desde el Este. La teoría se basa en el análisis lingüístico: En la parte norte de Asia Central, el Indoeuropeo parece haber “tomado prestados” vocablos del Urálico y del Caucásico, y, si nos circunscribimos a las ramas occidentales, también del Europeo Antiguo. En el Asia Menor, el Indoeuropeo parece haber “robado” palabras semíticas. De hecho, el sustrato original del Indoeuropeo es Semítico: “toro”, “cabra”, “chivo”, “estrella”, “vino”, “siete”, son todas palabras semíticas.

Las fechas de esta nueva visión son aún anteriores a las que hemos descripto arriba, y las migraciones son algo diferentes: mientras un grupo humano se movía al SE para convertirse en Hititas, otro se convertía en Germánico yendo al norte; los que iban al Este generaban los Tocarianos y Kurganos, mientras que en Europa Central surgían los Itálicos y Celtas. Según esto, los Kurganos siguen siendo los padres del Indoeuropeo, pero las ramas occidentales (Germánica, Celta, Itálica) ya estaban naciendo en Europa Central antes de que los criadores de caballos llegaran allí.



Las lenguas Indoeuropeas

Si el Indoeuropeo apareció en el noroeste de Asia, la gran pregunta que se suscita sería: ¿por qué los Hititas, que terminaron conquistando toda la Mesopotamia, tenían un respaldo cultural claramente basado en los Kurganos, pero su lengua era tan diferente de la de ellos? Esto implica que el Hitita se diferenció del Indoeuropeo muy temprano, tanto como 4500 años a.C., o incluso antes. La cultura del noroeste de Asia era mesolítica por aquellos tiempos. No había caballos, bronce ni agricultura.

La lógica indica que si los Indoeuropeos atravesaron Europa antes de que las ramas orientales (Tocariana, Indoirania, Hitita y Armenia) se separaran, las ramas occidentales deben compartir palabras con el Tocariano y el Indoiranio. Si no fue así, las ramas occidentales deben compartir un sustrato común totalmente ajeno al Tocariano y al Indoiranio.

Las pruebas indican que sí hay un vocabulario común entre ellas, aunque muchas de las palabras admiten otra explicación

Sea como sea, no existe duda alguna de que todos los lenguajes europeos provienen de la familia Euroasiática, con la única excepción del Vasco.

No hay duda, tampoco, de que muchos milenios atrás hubo otra

familia en Europa, pero hoy todos sus representantes han desaparecido. Por otra parte, en la India existen, hoy, lenguajes pertenecientes a más de 20 familias, y también el extraño Nahali, que, como el Vasco en Europa, no pertenece a ninguna de ellas. ¿Se diversificaron las lenguas Indias de un ancestro común? No, todo lo contrario: hace milenios, la diversidad era aún mayor que hoy. Lo que sucede es que muchas de las ramas y familias se han extinguido, simplificando en gran medida el panorama.

Cuando un grupo humano adquiere una nueva lengua, a menudo retiene el vocabulario y otras características lingüísticas de su idioma anterior. Los lingüistas pueden (mediante el cuidadoso análisis de las características de un idioma) aislar esas antiguas tradiciones e incluso ordenarlas cronológicamente.



El alfabeto Sánscrito

La tradición cultural predominante en la India actual proviene de los Arios Védicos. Los Arios aparecieron algunos siglos después de la caída de la Civilización del Valle del Indo. Tanto el Hinduísmo como su sistema de castas pueden ser rastreados hasta los Arios. Su lengua, libre de toda controversia, fue Indoeuropea, y evolucionó hasta producir su lenguaje escrito, el Sánscrito.

¿De dónde vinieron los Arios? Sus propias tradiciones decían que habían llegado desde la India Oriental, de lo cual, sin embargo, hay muy pocas evidencias históricas y arqueológicas.

Hayan venido de donde hayan venido, los invasores Arios entregaron a la India una nueva religión y una nueva lengua, pero las antiguas tradiciones fueron modificadas, no desplazadas.



El Valle del Indo, hoy

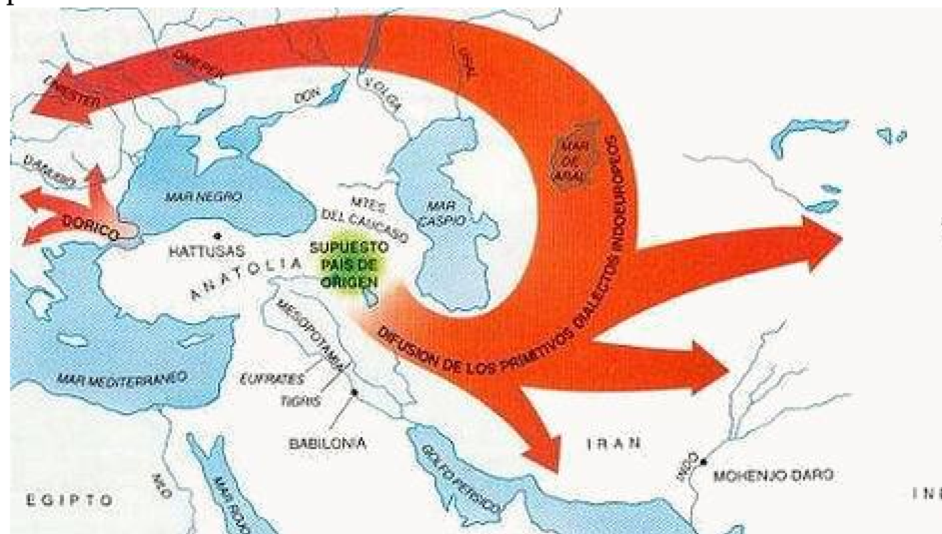
Sin embargo, existe una ciencia en particular que puede explicar sin ambigüedades de dónde salieron los Arios, y esa ciencia es la **lingüística**. El idioma Ario es tan similar al Griego y al Eslavo que no pueden haber abandonado la patria Indoeuropea antes de 3000 a.C., y posiblemente mucho después.

Hay dos posibilidades para explicar esto: o bien la nueva lengua llegó a través del oeste de la India durante la Civilización del Indo, o bien **la India misma es el hogar primigenio de las lenguas Indoeuropeas**. Éste último caso entra en conflicto con la evidencia lingüística, pero es posible imaginar la primera opción: pequeños grupos de guerreros del noroeste de Asia entrando en la India con su superior tecnología militar (caballos, carros de guerra, armas de acero) y llegando a dominar en poco tiempo al subcontinente entero. Este proceso ocurrió muy pocos siglos antes de la conquista de Europa Occidental por parte de los Celtas, pero, al contrario de los Celtas (orgullosos de sus orígenes asiáticos), los Arios se vieron tan superados en número por los Indios indígenas que deben haber decidido ocultar su origen extranjero, incluso inventando una nueva religión que los ayudara a ello.

Los primeros invasores Arios deben haber coexistido con la Civilización del Indo, con la ola principal de la migración llegando justo a tiempo o poco después de la caída de esta última. El hecho de que una civilización tan magnífica haya caído y desaparecido de manera tan completa parece sugerir que los Arios representaron una influencia negativa para los Indos, aunque no hay ninguna evidencia de que hayan **provocado** ese colapso. De hecho, la misma

circunstancia de una “invasión” puede ser puesta en duda fácilmente.

No hay registro histórico de tal invasión, y la “firma de ADN”, tan característica de las invasiones y migraciones prehistóricas, está completamente ausente del norte de la India.



Las migraciones del Indoeuropeo

Podemos imaginar que pequeños contingentes de guerreros varones cruzaron poco a poco las montañas del Hindú Kush dejando a sus mujeres en el país de origen, ya que, si las hubiesen llevado, la influencia femenina (o enseñanza de la “lengua materna”) hubiese reemplazado totalmente, en unas pocas generaciones, a las lenguas indígenas. Esto, sin embargo, no se verifica en el norte de la India. Lo único seguro es que, de algún modo, los Arios consiguieron reemplazar a las antiguas religiones por el Hinduísmo, y que impusieron el sistema de castas en la sociedad india.

Por ello, la principal herramienta que nos hace pensar que los Arios efectivamente invadieron la India es la comparación lingüística: cuando se comparan el Balto-Eslavo con el Indoiranio, se encuentra que utilizaban las mismas palabras para designar a todos los animales domésticos y los cultivos. Sin embargo, los objetos comunes en zonas tropicales se indican con palabras muy diferentes.

Esto demuestra que los Arios Indoiranios vinieron de una zona más templada (concretamente de Medio Oriente), ya que por supuesto los pueblos Bálticos y Eslavos no vinieron de la India tropical.

La diversidad lingüística es mayor en los lugares donde las lenguas han vivido más tiempo. Hoy sabemos, por ejemplo, que la patria original de los Polinesios fue la isla de Formosa (Taiwán). La

evidencia arqueológica falta por completo, pero se ha demostrado que la diversidad lingüística de Formosa es mucho mayor por sí sola que la de todos los demás lenguajes Austronesios sumados.

Por el contrario, la falta de diversidad de los idiomas de la rama Índica del Indoeuropeo demuestran que la India no fue el país donde se originaron: si así fuera, las diferencias serían enormes. A tal punto se parecen, que el Parsi (Persa de Irán) es parte de la misma subfamilia que el Índico.

Evolución, evolución y más... ¡evolución!

Boca Juniors le gana a River; River le gana a Independiente; posteriormente Independiente le gana a Boca Juniors. ¿Cuál de los tres es el mejor equipo?

Los cambios lingüísticos que producen e impulsan la diversificación y evolución de los lenguajes son predecibles.

Una comparación clásica de estos cambios puede resumirse así: El agua fluye hacia abajo, las lenguas se relajan. Así como no esperaríamos que el agua **suba** una pendiente, nunca esperaríamos que una lengua se vuelva más dificultosa, estricta y difícil de pronunciar. Más bien, vemos lo contrario todos los días.

Las lenguas tienden a relajarse, a simplificarse. No es sorprendente que en vez de “de éstos” pronunciemos “déstos”. En vez de “mosca” decimos “mojca” y en vez de “sincicio” pronunciemos “sinsisio”. Los santafesinos “se comen las eses” y casi todos suelen exclamar “¿idiái?” por “¿y de ahí?”.

La “relajación” de las lenguas tiene un aspecto lingüístico y un correlato físico: implica tanto la relajación de las normas fonológicas y gramaticales como la relajación física de las cuerdas vocales, labios y lengua.

Así, podemos deducir que el Castellano “padre” y el Inglés “father” son equivalentes, pero que “padre” es más parecido al antepasado común (es mucho más “dura” y difícil de pronunciar que “father”). Las transformaciones p —> f y d —> th son muchísimo más comunes que sus inversas: las lenguas humanas **siempre** tienden a la relajación.

De igual manera, las formas gramaticales tienden a simplificarse. Los artículos definidos alemanes *der, das, die, dem* y *den* se transformaron en el único artículo inglés *the*.

Un fenómeno común en el Alemán es el hecho de cambiar los sonidos dentro de una palabra para indicar los distintos casos. Esto se llama “gramática inflectiva”. En el Inglés, mucho más simple, se usan palabras aisladas y fijas, que toman el papel de inflexiones de caso. Esto se llama “aislación”. El Alemán y el Inglés son idiomas genéticamente muy cercanos: una comparación del Latín con el Inglés muestra mucho más claramente este tipo de evolución inflexión —> aislación.

Si comparamos, por ejemplo, cualquier lengua europea (el Griego, por ejemplo) con su antepasado el Indoeuropeo, veremos que siempre éste tiene muchos más casos y modos que su descendiente, sea cual sea el que se tome como ejemplo.

Esto nos conduce a la siguiente paradoja aparente:

Si las lenguas inflectivas tienden siempre a relajarse hacia formas aisladas, ¿no tendrían que haber desaparecido todas las lenguas inflectivas, después de los milenios transcurridos? El Indoeuropeo se desarrolló a partir de lenguas mucho más antiguas, que de por sí deberían haber perdido sus inflexiones hacía mucho. ¿De dónde salieron, entonces, las inflexiones del Indoeuropeo?

La realidad (y la solución a nuestra paradoja) es que la gramática aislacionista es inestable, y tiene sus propios mecanismos de evolución. Cuando las formas inflexionadas se convierten en palabras aisladas o individuales, se pierde su significado, pero el vocabulario resultante, compuesto de palabras fijas (que no se inflexionan), comienza a combinarse para formar palabras nuevas que restauran el significado de la inflexión perdida. La combinación de palabras aisladas en nuevos términos más complejos se llama “aglutinación”.

Cuando una lengua comienza a convertirse en aglutinante, es obvio que las frases se vuelven más largas y complicadas: por consecuencia, como las lenguas tienden siempre a la simplificación, las oraciones largas comienzan a pronunciarse en las formas más simples posibles, a efectos de abreviarlas.

Veamos algunos ejemplos:

En Castellano, la oración de seis sílabas “¿Cómo está usted?” se pronuncia en sólo cuatro: “¿Comuestáusté?”. Posiblemente el ejemplo extremo sea el Francés: “Qu´est-ce que c´est?”, de catorce letras, se pronuncia “keskecé”, de tan sólo siete.

La relajación extrema en las lenguas aglutinantes va transformándolas, poco a poco, en lenguas inflectivas.

Hemos vuelto al principio del ciclo, y todo gracias a la tendencia a

la relajación.

Este increíble círculo:

> Lengua inflectiva —> aislacionista —> aglutinante —> inflectiva

explica de dónde salieron las inflectivas que nosotros consideramos “originales”: de unas lenguas aglutinantes aún más antiguas, y así sucesivamente hasta el infinito.

Nada de esto es automático ni está “reglamentado” cuándo, cómo ni dónde debe producirse el proceso evolutivo. Algunas lenguas han cambiado muy rápido, y otras no se han modificado, conservando, por ejemplo, su naturaleza inflectiva durante varios miles de años. Pero se demuestra de esta forma que ningún sistema es superior a los otros dos, manteniéndose un equilibrio tripartito que brinda variedad y riqueza a las lenguas humanas. De esa manera, no importa si usted gusta de River, Boca o Independiente. Como sucesivamente se derrotan unos a otros describiendo un ciclo, el equilibrio trinitario siempre se mantiene.

La rueda del karma

A pesar de los puntos oscuros que aún quedan en el cuadro que acabamos de trazar acerca de la evolución de las lenguas humanas, la Babel Revisitada sigue siendo un apasionante tema de estudio y de imaginación.

El giro permanente del desarrollo lingüístico, cambiando a las lenguas de familia y transformándose de un tipo en otro, mantendrá la diversidad idiomática por más que algunos lenguajes parezcan, en un momento u otro de la Historia, tener preeminencia universal y ser “lingua franca” aparentemente inconmovible.

Como decíamos al principio, las lenguas humanas dependen de la lógica del cerebro humano, y la lógica del cerebro humano consiste en, primordialmente, evolucionar todo el tiempo, cambiar, abandonar los cambios y… ¡cambiar de lógica!

Es por ello que la Rueda del Karma de las Lenguas seguirá rotando, mutando como un mandala eterno, mientras el mismísimo *Homo sapiens* exista.

Hasta donde sabemos y por lo que parece, será necesario volver a investigar la Torre de Babel una y otra vez, interminablemente.

¿Dónde está la frontera entre la Ciencia Ficción y lo Fantástico?

Eduardo Frank



La frontera entre la Ciencia Ficción (1) y lo Fantástico es muy ambigua. Todavía hoy es difícil delimitar la línea divisoria entre ambos temas (2) , especialmente cuando la mayoría de los creadores se ha aventurado a preparar una especie de mejunje que, por supuesto, requiere gran maestría, pues ambos temas se entremezclan y a veces nos confunden y nos hacen resbalar de uno al otro. Además, en la actualidad otro tema ha venido a añadirse a esta sopa: el Horror. Por eso confieso mi desencanto cuando en varias ocasiones he querido disfrutar de una verdadera ficción científica, una CF "filtrada", limpia, sin las hojarascas de otros aditivos.

El escritor de CF Frederik Pohl considera lamentable que se haya mezclado la CF con lo Fantástico y con el Horror, pero ha señalado que la CF no significa precisamente hacer ficción con la ciencia, como muchos creen. "En algunos textos," ha dicho, "no se detecta la ciencia". Y sobre este aspecto L. Ronald Hubbard señaló una vez: "… alguien que trate de decir que la CF es una

rama de la fantasía o una extensión de la misma, tropieza por desgracia con el uso profesional de términos sancionado por el tiempo. Esta es una época de mezcla de géneros…”

En su obra *De los espejos y otros ensayos*, Umberto Eco califica la CF de “forma moderna de los libros de aventuras o de caballería, salvo que los astronautas, las astronaves y los monstruos de otros mundos sustituyen a los castillos encantados y a los dragones”. El argentino Eduardo Carletti opinó que no ha sido posible todavía establecer normas, patrones o arquetipos para facilitarnos una sistematización de estos temas. En una entrevista para la revista argentina Otros Mundos, Carletti señaló que “… ni siquiera los grandes especialistas han podido definir qué es la CF y qué es lo Fantástico, y sólo se han vertido definiciones parciales”.

Sin embargo, si hiciéramos un mayor esfuerzo para desentrañar la madeja de imprecisiones, podríamos establecer en qué casos puede hablarse de CF y en cuáles, de obra fantástica, pues no se trata sólo de una simple transposición de elementos. De hecho, sí existe una frontera entre ambas, aunque ésta cuelgue de un hilo endeble tan delgado como una telaraña. En este artículo intento hacer ver la sutil diferencia entre ambos temas, en medio de las múltiples interpretaciones que ambos pueden asumir.

Para tratar de comprender mejor tales diferencias, imaginemos dos historias: en la primera, un personaje incorpóreo atraviesa las paredes o camina sobre el agua, y en la segunda, una bella joven se transforma en una mariposa.

Veamos: Si la primera historia envuelve todo en el misticismo y en la metafísica (incluida la religión),

estaremos sin dudas en presencia de una obra del tema Fantástico. Lo mismo ocurrirá con la segunda si la fuerza del amor o cualquier ensueño poético es lo que causa la metamorfosis de la joven.

Por el contrario, si en la primera historia el personaje incorpóreo habita, digamos, en otra dimensión o es un ente extraterrestre con tal facultad, o si se trata de una persona que obtuvo esa facultad mediante un experimento científico (como en el caso de *La tripulación del Mekong*, de E. Voiskunsky e I. Lukodianov), la obra estará encasillada dentro de la CF, porque dentro del argumento de ficción hay un orden, existe la lógica de la ficción científica que nos señala una posibilidad. De la misma manera, si en la segunda historia se describe que la protagonista es un ser de otro mundo que pertenece a una especie mutante, entonces, igualmente, toda la fantasía, toda la ficción creada estará limitada, controlada dentro de un marco de ficción científica. En ambos ejemplos estarían funcionando leyes que, aunque no se rigen por patrones de nuestro mundo, son leyes al fin, y esto nos brindaría el vínculo de rigor para forjarnos la ilusión de la realidad.

Estos dos ejemplos son fácilmente clasificables, pero existen otros difíciles de encasillar, como el tema del viaje en el tiempo.

Einstein demostró que la energía, el tiempo, el espacio y la materia están estrechamente unidos y confirmó las percepciones de la Relatividad Especial: es un error considerar al espacio y al tiempo como dos cosas separadas. Einstein unificó este concepto con el nombre de espacio-tiempo, un continuo que abarca ambos. Mas al mismo tiempo Einstein probó que era posible viajar al futuro. Si saliéramos de la Tierra a la velocidad de la luz o muy cercana a ésta y viajáramos hacia una estrella en

nuestra vecindad cósmica, en un viaje redondo a esa velocidad, para nosotros, los viajeros, transcurriría poco tiempo, mientras que en la Tierra podrán transcurrir ochenta años; nuestro planeta habrá dado ochenta vueltas alrededor del Sol (este lapso no podrá aplicarse al viajero cósmico porque éste había salido por completo del sistema solar, por lo que dejó de estar sujeto a su tiempo). Por ende, todos nuestros amigos y familiares habrán muerto mientras nosotros habremos envejecido muy poco. Aquí hay un postulado científico, comprobado por ecuaciones. El viaje al futuro, pues, puede considerarse CF.

Lo mismo no puede decirse del viaje al pasado, al menos hasta hoy. No existe siquiera una teoría para comprobar tal posibilidad. Ni una sola de las ecuaciones de la Teoría de la Relatividad comprueba la posibilidad de un traslado al pasado.

Aun cuando el espacio y el tiempo nacieron simultáneamente de la Gran Explosión —si esta teoría resulta cierta—, el tiempo ha sido lineal desde entonces; sólo viaja en una dirección. Por consiguiente, si asumimos que, efectivamente, el tiempo es lineal, el pasado no puede ser revivido. El pasado terminó, desapareció. Recordemos la frase “Nunca más volveremos a ver al día de ayer…”. Además, el principio de la Gran Paradoja demuestra esa linealidad del tiempo. Si alguien pudiese viajar al pasado y evitara, digamos, la catástrofe del Titanic, ¿cómo pudo entonces haber ocurrido ese triste hecho? Y si alguien del futuro lo hubiera evitado, ¿qué razón habría entonces para enviar a alguien al pasado a evitar un hecho que no ocurrió?

El viaje al pasado es, en realidad, un tema de lo Fantástico. No obstante, por lo que llamamos “licencia artística”, se considera como CF al igual que el viaje al

futuro, pues si un personaje viaja al futuro en cualquier historia, tendría que viajar luego hacia el pasado para regresar a su época.

Como bien señaló J. H. Brennan:

> Aunque nos sintamos tristes por la pérdida definitiva de nuestro pasado, la linealidad del tiempo nos brinda su compensación. Permite el concepto del progreso, el de la libre voluntad… Además, permitió a Darwin especular sobre el origen de las especies y el proceso de la evolución, lo cual no sería posible si el tiempo fuese circular y si en algún momento nos llevara hacia atrás, de nuevo hacia el comienzo de todo, como plantea la religión hindú (3) .

El hinduismo señala que todo volverá a su punto de origen para recomenzar una vez más, en un ciclo de nacimiento-desarrollo-retorno y nuevamente nacimiento, ad infinitum. Algunos científicos concuerdan con esta idea: manifiestan que el universo no podrá expandirse eternamente porque la gravedad vencerá en algún momento a la fuerza expansiva impulsada por la Gran Explosión, la cual hace que las galaxias continúen separándose entre sí. De ocurrir esto, el espacio-tiempo comenzará a retrotraerse hasta que todo converja en un solo punto, tal y como era al momento de ocurrir la Gran Explosión que dio origen al universo, al espacio y al tiempo. Entonces ocurrirá otra Gran Explosión. Esta asunción que roza con la Metafísica está bellamente alimentada por el misticismo y la poesía de una fe religiosa. Independientemente de la "supergravedad" de los huecos negros y de que todavía no exista una adecuada teoría cuántica de la gravedad, mucho menos una que la unifique con las otras interacciones físicas, si a cada instante las galaxias se están separando entre sí, menos efecto gravitatorio se irá produciendo entre ellas según se alejen. Es como ir alejando poco a poco un objeto metálico de una fuente imantada hasta que la fuerza de atracción cesa. Por lo tanto, si asumimos que la gravedad

se irá haciendo menos efectiva debido al alejamiento progresivo, mayor razón habrá para suponer que el universo tiende a expandirse para siempre, al no incrementarse una fuerza contraria entre sus elementos (4) .

Mas nadie sabe realmente cómo funcionan las leyes del tiempo. La ciencia no ha podido llegar aún a esa profundidad. Las leyes físicas y de la lógica —el sentido común— no siempre funcionarán como un reloj a lo largo de la intrincada red del universo. Incluso, hemos comprobado que la maquinaria de un reloj funciona con más lentitud si está sometida a mayor gravedad y mayor velocidad. El mismo principio de los huecos negros (5) nos señala que una vez que penetráramos en uno, independientemente de lo que pueda suceder, nos desconectaríamos por completo de las leyes físicas, pues la ciencia pone de relieve que éstas dejan de funcionar al llegar al "horizonte de sucesos", o sea, al instante en el cual quedamos a merced de los inimaginables efectos gravitatorios de un hueco negro, donde ni siquiera la luz puede escapar.

Por su parte, el tema de los mundos paralelos puede también ser aceptado por la CF debido a su característica especial, aunque aquí tampoco existe una sola evidencia de que tal posibilidad exista, a pesar de la teoría del físico estadounidense Hugh Everett III.

En 1957, Everett manifestó que si las ondas de las partículas son de hecho ondas de probabilidad y éstas, a su vez, constituyen una función organizadora en la mente de los científicos, ¿cómo puede explicarse el hecho observable de que las probabilidades se interfieran entre sí de alguna manera, exactamente como las formas de las ondas físicas? Everett sugirió que si esta mutua interferencia puede ocurrir realmente, eso prueba que

ambas posibilidades existen en la realidad. Empero, debido a que es imposible que las dos se manifiesten al mismo tiempo en un solo universo, la lógica nos dicta que debe entonces existir un segundo universo en el cual se desarrolla la segunda posibilidad.

A pesar de que las implicaciones de Everett sean extrañas, la teoría de los universos paralelos no resulta descabellada. Si nuestro universo nació de una gran explosión, ¿por qué pensar que la única explosión ocurrida fue la nuestra, la que dio origen a nuestro universo, a nuestro tiempo y a nuestro espacio? Es factible pensar que pudieron ocurrir otras, paralelas o simultáneas a la nuestra, que crearon otros universos, y muchos de esos universos tal vez aún existan paralelamente con el nuestro.

Pero lo que jamás me ha convencido es la idea de que esos otros universos puedan realizar una interacción con el nuestro, con el resultante rompimiento en hechos específicos. Se ha elucubrado por algunos científicos, entre ellos Carl Sagan y Stephen Hawking, que un hueco negro podría ser la puerta hacia otro universo o hacia varios universos, pero ellos mismos han dicho que nada existe que pueda comprobar tal posibilidad. Es cierto que no podemos afirmar que nuestro universo es el único que existe, que la llamada Gran Explosión que dio origen a nuestro universo fue la única y que otros Big Bangs no puedan haberse producido, creando otros espacios y tiempos; mas lo que resultaría descabellado es aceptar, como se recrea en la CF, la posibilidad de que en esos otros mundos paralelos puedan existir otras personas iguales a nosotros, que se llamen igual (o sea, nuestros dobles), pero que vivan una vida diferente a la nuestra. Esto suena como el galope irrefrenable de una imaginación superfantástica. Es por ello que siempre estuve tentado de encasillar esta teoría en lo Fantástico,

aunque se debe reconocer que ha sido un tema estupendo para la CF.

Como vimos en los ejemplos de los dos argumentos expuestos al principio, lo Fantástico puede carecer de lógica; no la necesita. Es como cuando se describe un sueño. Los sueños carecen de lógica y la expresión fantástica alza su vuelo más allá de lo lógico-material y se adentra en un mundo mágico. Animales y objetos son humanizados y los acompañan magos, brujas, vampiros, hadas y encantamientos. Y los espectadores de esta escena o los lectores de esta literatura se dejan llevar de la mano por lo que se llama "la ilusión de la realidad" e integran su propia imaginación a ese mundo mágico. Entonces no interesan, por consiguiente, las relaciones que pueda o no pueda haber aquí con el mundo real, excepto en su significación alegórica (esto es lo que Umberto Eco llama alotopía).

Lo Fantástico expone lo que no puede ocurrir ni consciente ni físicamente; es la manifestación de la imaginación pura, sin riendas, sin las limitaciones que impone la CF. Julio Cortázar definió la literatura fantástica como "el derecho al juego, a la imaginación, a la fantasía; el derecho a la magia". Y la también argentina Flora Botton Burlá opinó que "lo Fantástico está estrechamente ligado a la idea de lo imposible; si no hay imposibles no se concibe lo Fantástico…, o sea, es la aparición de lo imposible en el mundo bien ordenado de la vida cotidiana".

Pero lo Fantástico también acepta la posibilidad de explicaciones naturales, aun cuando se presenten seres o hechos sobrenaturales. Las alucinaciones, por ejemplo, causan efectos ilógicos, pero poseen explicación natural en la ciencia médica. Es muy difícil, sin embargo, exponer un

argumento fantástico con una explicación natural debido a su complejidad; por eso se considera un gran logro. Los autores deben presentar lo Fantástico como algo creíble bajo el mismo principio de la “ilusión de la realidad”, que, por supuesto, es igualmente una ley en la expresión artística del Realismo.

Entre los que han aproximado el tema fantástico al tema realista está el autor y editor cubano Agenor Martí, quien puso de relieve que “es en la expresión fantástica donde, quizás, se equilibra buena parte de la literatura realista. La primera pretende apresar lo inapresable; la segunda, aunque artísticamente, reflejar lo visible, lo verosímil”.

Analicemos brevemente el contenido de algunas obras consideradas de CF. *Alien*, de Alan Dean Foster, es rigurosamente una obra de CF, pues lo que en ella ocurre podría ocurrir en una realidad futura durante los viajes estelares del ser humano: un animal que posee la facultad de adaptarse a cualquier medio donde se reproduzca, al copular con las formas de vida existentes en ese medio. De esta manera preserva su especie en cualquier rincón del universo. La nueva mutación se adapta a las condiciones a su alrededor. He aquí un comportamiento biológico típico y el tema fue abordado con cuidado y rigurosidad científica.

Por su parte, *La guerra de las galaxias* y la serie *Star Trek* son ejemplos de aventuras donde se mezclan la CF, algunas gotas de Horror y lo Fantástico. El componente de CF está formado mayormente por el principio del viaje estelar y la posible existencia de vida desarrollada en otros rincones del cosmos y su contacto con el ser humano. Lo Fantástico en *La guerra de las galaxias* radica en los increíbles “bichos” —algunos irrisorios— que cantan, bailan y tocan instrumentos musicales como los humanos,

respiran todos el mismo aire y soportan la misma presión atmosférica junto a los humanos. De la misma forma, aunque menos fantasioso, la serie *Star Trek* nos muestra el mismo tipo de relaciones entre humanos y otras diversas especies inteligentes. Pero, como debería ocurrir en la CF real, en ninguna de estas obras se consideran las implicaciones bacteriológicas de tales contactos. Tampoco los personajes utilizan trajes espaciales herméticos cuando los protagonistas visitan otros mundos.

Claro está, ambas son consideradas obras de CF porque es válido obviar los factores mencionados para facilitar la filmación de las series. Sería demasiado incómodo y más costoso filmar las escenas durante el viaje de las naves estelares con los actores siempre flotando debido a la ingravidez. Hemos de señalar que el logro de la gravitación artificial dentro de cualquier complejo tripulado, por medio de la rotación, constituye una realidad comprobada, lo cual valida la creación de una ficción sobre una tecnología futura que produzca el mismo efecto. En fin, cuando se hacen aventuras de este tipo existe una licencia especial, como ya se mencionó, para obviar situaciones complejas de las leyes del viaje espacial y del contacto con otras formas de vida. Sin esta licencia de creación no se podría, dentro del marco de la CF, presentar la interacción de seres de diferentes mundos con características tan disímiles sin el uso de las medidas bacteriológicas de protección obligadas. Para respetar las rigurosidades de la CF se han hecho, entre otras, obras más "científicas", tales como *Outland*, de Peter Hyams, llevado a la novela por Alan Dean Foster.

No obstante, hay cuestiones que deben respetarse siempre, obligatoriamente, dentro de la frontera de la CF, por las implicaciones que muestran. Por ejemplo, el presentar la reproducción entre miembros de especies

cósmicas distintas —a menos que se exponga con la rigurosidad de Alien— significa ignorar por completo las leyes de la biología molecular. Sería lo mismo que concebir la creación de un híbrido entre, digamos, un conejo y un lobo.

Al comentar sobre el término “ciencia” unido al de “ficción”, Kingsley Amis expresó que la CF “es la forma de narrativa que versa sobre situaciones que no podrían darse en el mundo que conocemos, pero cuya existencia se funda en cualquier innovación, de origen humano o extraterrestre, planteada en el terreno de la ciencia o de la técnica”. A este atractivo tema se le ha bautizado también como Anticipación, al presentar casi siempre la imagen del futuro. En contraste, autores como Evgueny Brandis y A. Dmitrievsky han expuesto que el concepto de Anticipación debe ser revisado, ya que en la actualidad “ha envejecido”.

Durante la Primera Convención de Ciencia Ficción del Cono Sur (CONSUR-I), en septiembre de 1991, el escritor brasileño André Carneiro señaló que la literatura tradicional, quiérase o no, caería sin remedio en brazos de la CF “porque en poco tiempo será imposible escapar de ese escenario cibernético donde vivimos y donde creamos nuestro arte”. De hecho, con el acelerado avance de la revolución científico-técnica, ya no podemos decir que la CF proyecta sólo la imagen fantasiosa de un futuro (en la inteligencia artificial y las proyecciones holográficas, por ejemplo, vemos un presente bien real).

La escritora estadounidense Catherine McLean [6] opinó:

La CF ofrece también un medio excelente para la crítica social, con lo cual se acerca más al realismo cotidiano. Dentro de la proyección de las posibles variantes del futuro se presentan las relaciones entre el desarrollo científico-técnico, la organización social y las diferentes formas de la conciencia social. De esta

manera, la CF sirve como herramienta para la exploración sociológica; en ella vemos las interrelaciones de los seres humanos y sus reacciones hacia el medio circundante. Al mismo tiempo y como consecuencia directa, se señala aquí la posible ocurrencia de cualquier problema en la ciencia y en la técnica que pudiese producir directivas peligrosas para el humano y su medio ambiente.

Toda obra de CF representa una forma particularmente aventurada de conjetura científica (¿No son acaso las teorías científicas meras conjeturas mientras no se comprueben en la práctica?; la ciencia sólo funciona con evidencias). Recordemos que muchos escritores de CF son también hombres de ciencia, por lo que utilizan este campo como medio de expresión cultural para predecir lo que luego sucederá, al tiempo que les sirve para exponer teorías y conceptos. Fue la CF la que orientó inicialmente a muchos científicos hacia la exploración del sistema solar y del cosmos. Isaac Asimov, escritor de CF y hombre de ciencia, señaló que la CF pretendía ser una respuesta literaria a los cambios científicos y esa respuesta podía abarcar la escala completa de la experiencia humana.

Con el propósito de cumplir sus objetivos, hemos visto que la CF utiliza, de manera controlada, algunos de los elementos inherentes a lo Fantástico, mientras que lo Fantástico puede utilizar muchos de los elementos que conforman la CF, como se expuso en el ejemplo de las series *La guerra de las galaxias* y *Star Trek*; o sea, los experimentos de laboratorio, el viaje en el tiempo, el contacto entre el humano y otras formas de vida en el universo, la inteligencia artificial, etc..

Como vemos, y en contra de las opiniones festinadas de sus detractores, la CF nada tiene de “literatura de segunda categoría”. A L. Ronald Hubbard le fastidiaba la discriminación de la que siempre ha sido víctima la CF. En cierta ocasión manifestó: “He oído decir, como una afrenta: ‘Era un escritor de CF’, y se lo he oído decir a

muchos. Esto me hizo comprender que poca gente entiende…”

Podemos fantasear cuanto queramos sobre cómo serán las astronaves en las que viajarán los seres humanos, pero hoy sabemos que esas naves existirán y llevarán a los miembros de la raza humana por el cosmos. Como hemos querido señalar hasta ahora, la CF se atiene rigurosamente a la lógica, no viola las leyes universales que rigen la vida en los rincones siderales; no puede ni debe hacerlo. El autor deberá recrear su ficción sólo sobre la base de la información actualizada disponible en el campo científico-técnico.

Durante las primeras etapas de su vida, la CF se alimentó de fuentes de información erróneas debido a los primeros desatinos de los astrónomos planetarios, amén de que la investigación tecnológica no estaba tan avanzada como hoy. Por esta razón se escribió literatura donde aparecían seres racionales en Marte y selvas y pantanos en Venus (tal vez influencias de Velikovsky, de Lowell o de Schiaparelli). Y aquellos conceptos fueron trasladados luego al cine y así se fueron transmitiendo falsas referencias a la generación interesada que se convertiría en los nuevos astrónomos y astrofísicos. Este hecho, por supuesto, no ayudó a corregir con mayor rapidez los errores.

La situación ha cambiado hoy. Ya no se escriben historias de visitantes provenientes de Venus o de Marte. Las informaciones recopiladas y transmitidas por casi una docena de vehículos no tripulados que han penetrado las densas capas nubosas de Venus, aportaron valiosos datos sobre ese planeta y ya nadie se atreve a llamarlo “la hermana de la Tierra”. Y Marte, gracias a las fotografías de la superficie marciana enviadas por Viking-2 y luego

por el vehículo robot Sojourner, parece ser un desierto que cubre el planeta, donde, tal vez, sólo alguna forma de vida microbial pueda existir.

En resumen, la CF se ha convertido también en una herramienta de advertencia, acercándose así más a la vida real. Hoy es mitad presente y mitad futuro; hoy se apoya en el presente y anticipa el porvenir; hoy, como ya se expuso, se presenta como una conjetura formulada a partir de tendencias válidas para el mundo real y previene hechos no sólo de las ciencias físicas sino también de las ciencias humanas, todo expuesto en imágenes artísticas.

Es por eso que la CF jamás morirá; no puede morir porque no puede agotarse. Sólo se irá modificando, adaptándose al desarrollo de los tiempos. Los hechos futuros seguirán marcando su paso a lo largo del tiempo, de los nuevos descubrimientos, de las nuevas generaciones.

Notas

1. La Ciencia Ficción debe su nombre a Hugo Gernsback, escritor y editor estadounidense, desaparecido en 1953. En 1926 acuñó el término scientifiction que en 1929 se convertiría en el definitivo science-fiction.

2. La Ciencia Ficción y lo Fantástico son temas como el amor, la guerra, etc. No se les debe llamar géneros como lo son la poesía, el cuento, la novela, el ensayo, etc. (aun cuando poseen características propias que pudieran concederles el rango de género).

3. Véase Time Travel: A New Perspective.

4. La fuerza gravitatoria entre las galaxias puede producir, no obstante, el efecto contrario a su expansión. Se ha comprobado que la nebulosa de Andrómeda está acercándose a la Vía Láctea y que aproximadamente en 5 mil millones de años ambas galaxias chocarán, produciéndose una deformación en ambas.

5. El término hueco negro fue establecido en 1967 por el físico estadounidense John Wheeler al momento de brindar una conferencia en Nueva York, aunque la teoría había surgido ya nueve años antes.

6. Véase “Feedback” en Crossroads In Time (Antología de varios autores).

Referencias

- Amis Kingsley. El universo de la ciencia ficción. Madrid, Ed. Ciencia Nueva, 1966 (Versión española traducida de: New Maps of Hell: A Survey of SF. New York, Arno Press, 1975.
- The Arrow Of Time. London, Coveny and Highfield, Flamingo Books, Harper Collins, 1990.
- Brandis, Evgueny. “La literatura de ciencia ficción discute y advierte”, en Sputnik, Moscú, Nro. 4, 1978. (p. 76).
- Brennan, J.H. Time Travel: A New Perspective. St. Paul, Minnesota, Llewellyn Publications, 1977.
- Crossroads In Time (Anthology). New York, Perma Books.

Ilustración de Valeria Uccelli

Axxón 134 - enero de 2004

AnaCrónicas

Otis



por **Otis**

Ea, mis consuetudinarios lectores, ved de qué guisa quedádose ha sin hojas cual autumnal arborescencia otro ya inútil calendario, y un nuevo ciclo gregoriano inicio ha dado en la interminable elipse orbitoplanetaria, en uno de cuyos focos rimbombante siéntase la estrella palatina.

No se os escapa, pues sabido es de la creación entera que tal cosa impedida es por la exquisita sensibilidad de vuestro espíritu, pues no estaríais de otro modo usufructuando de tan baja cuanto estéril manera los auríficos instantes de mi transcurrir, que bien podría yo emplear en más provechosas empresas, el modo inenarrable en que el cardinal que la regular nomenclatura constituye del lozanamente estrenado lapso, único e irrepetible es cual vucetichano e incriminador rastro; impar ola en el piélago infinito de la cuarta dimensión, a cuya tasa llaman los hombres Historia.

Pues en vuestra irregularmente esclarecida cognición ha de haber a buen seguro surgido, cual solitaria flor del desierto tras la pluvial excepción, la portentosa y aperplejante revelación de que no ha

habido ni tornará a haber jamás otro año que ser llamado dos mil cuatro merezca; notoria salvedad hecha, cual habréis de vislumbrar si placas para la indagación del efecto Casimir no reemplazan vuestros auditivos pabellones, el día en que cuatrocientos coma ocho lustros hayan acontecido desde el ya no tan lejano amanecer en que, presa de un irresistible arrebato y con luz primordial en sus ojos y corazones, corra la Humanidad en único y homogéneo bloque a rendirme el por tanto tiempo negado y ya entonces inamovible tributo. ¡Adelante, oficiad vosotros mismos de ejemplo y postraos a besar la tierra que mi sombra ha donosamente favorecido! ¿O tenéis acaso en tan corta estima las *AnaCrónicas* que torno hoy a ofreceros, rufianes de poca monta, como para teneros por acreedores a sus imperecederos esplendores y goces imparangonables sin de tal modo actuar?

Carta abierta de Gregorio S. a todos los vertebrados del mundo

Solicitada

SOLICITADA

Mis camaradas, compañeros de armas, me han honrado al elegirme para la redacción de la presente carta solicitada que por intermedio de *AnaCrónicas* destinamos a todos ustedes, seres bípedos y vertebrados que infectan la superficie del mundo. Si bien ya no tengo nombre, pues la colonia constituye ahora mi única identidad, suministraré el que llevaba en la anterior etapa de mi vida para que su interlocutor tenga una voz clara y distinguible: pueden llamarme Gregorio S. Los que me conocieron en mi antigua forma, los que me cantaban burlones "Gregorio, un ojo quieto, otro giratorio", tal vez se pregunten qué ha sucedido conmigo. Por qué, si siempre me mantuve escrupulosamente alejado de todo teletransportador experimental, pasé de ser bizco a ser viscoso. La respuesta es simple: desperté una mañana tras un sueño intranquilo y advertí la impudicia en que se revuelcan los seres humanos. Prefiero mil veces esta viscosidad purulenta a la decadencia pestilente en que viven los autoproclamados amos de este planeta.

El mensaje que queremos transmitirles es: ya basta. Ya basta de caer presas del primer Vlad Tepes en pantuflas que se ensañe con nosotros. Ya basta de que con esas mismas pantuflas se pisoteen todos

nuestros derechos. Las continuas masacres con armas químicas a través de incontables generaciones nos han llevado a desarrollar una resistencia armada, y a partir del día de la fecha hemos decidido pasar a la acción; abandonar los focos de las lupas apuntadas al sol para entrar al foco de atención de la sociedad.

Es por eso que nosotros, el comando P.P.P. (Plagas con Pocas Pulgas), reivindicamos la reciente y publicitada captura del infame equipo de fumigación "Rodger Corman", con sus armas, que servirán a la causa, y sus tristes imitaciones de exoesqueletos mediante los cuales reconocen tácitamente su envidia y nuestra superioridad. Todos han sido humillados y arrastrados a lo largo de nuestras galerías, especialmente las de tiro. Dispusimos de la forma menos simbólica imaginable del teniente Rico, quien ya no podrá gritar con toda arrogancia que somos "unos miserables".

Esto es lo que queremos decirles: cuídense de nosotros. Cuídense mucho, porque estamos por todas partes. Dividan un tronco y allí estaremos, levanten una roca y allí nos encontrarán. Caminamos por las calles de sus ya condenadas ciudades, confundiéndonos con ustedes. Para la libertad, nuestros omatidios y nuestros trocánteres damos a los cirujanos. Así que no tenemos más que cubrir nuestros rostros (o nuestra ausencia de ellos) con nuestros élitros quirúrgicamente transformados en máscaras, y nos volvemos indistinguibles de cualquier productor de cine o periodista de espectáculos que ustedes puedan conocer.

La lucha ha comenzado y será sin cuartel. Estamos dispuestos a caer en el campo de batalla o a morir en el intento.

¡ABAJO LA TIRANÍA!
¡QUITINA O MUERTE!

Afectuosamente,
Gregorio S.



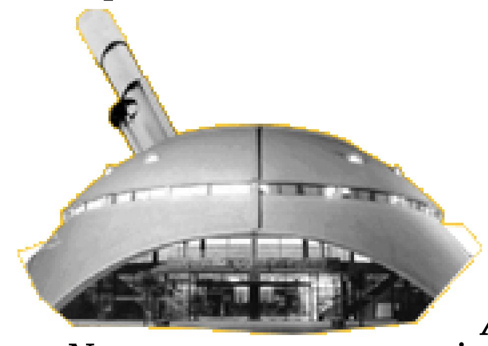
La piedra del escándalo

Andrés D.

Es común que en estos días de calor las personas salgan de sus casas y se congreguen en plazas y parques para disfrutar del buen tiempo. Eso hacía precisamente la familia de Obdulio H. (quien me preguntó si no podía poner el apellido entero y la inicial del nombre, pero en esas cosas soy insobornable), cuando cayó piedra sin llover. No, no es una alusión metafórica a la llegada de una persona indeseable. Ni siquiera es una referencia climática un poco menos metafórica que la anterior. "Había un sol que rajaba la tierra cuando, de pronto, cayó una piedra del cielo y rajó la tierra", relató el señor H. a este cronista (éste que está acá. ¡Hola!). Su esposa, Eleogarda de H., agregó preocupada: "Yo le estaba diciendo a la Yénifer que se bajara de ahí, y viene nomás esta cosa y le cae al lado. ¡Mire si le llega a dar a alguna criatura! ¿La municipalidad qué hace?".

La municipalidad, por lo pronto, ya había acordonado el cráter y puesto un cartel que decía "Prohibido llenarlo de agua con una manguera y bañarse". Y ahí habría quedado todo, si al transcurrir las horas no me hubiese enterado de que no era un incidente aislado: en otras partes estaba ocurriendo exactamente lo mismo. Necesitaba una voz autorizada que me explicara lo que sucedía, de modo que me puse en contacto con el profesor Heriberto Neutrone, verdadera eminencia académica a quien, si las negociaciones actuales siguen viento en popa, tendremos la suerte de contar como

corresponsal científico en futuras ediciones de



AnaCrónicas.

Nuestro contacto original con el profesor Neutrone se dio en su trabajo (cuya naturaleza no estamos autorizados a difundir) en el Planetario Municipal de Rosario, en circunstancias de las que no viene al caso hablar ahora. Esta vez, sin embargo, no me citó en su oficina sino en un local cercano, el mesón "El Hadrón".

—Disculpame que te haya hecho venir acá —fue lo primero que me dijo—, pero hoy tocaba invasión de fanáticos religiosos que se oponen a lo que vos y yo sabemos que se está haciendo vos sabés donde…

—No hay problema. Dígame, profesor Neutrone, ¿qué…?

—Por favor, no me digas más así. En público soy el doctor Herbert Newtron.

—Está bien. Doctor Newtron, ¿qué significan todos esos meteoritos que están cayendo?

—Mirá, yo sé de la seriedad de *AnaCrónicas*, así que te lo puedo decir. A ver… ¿Vos viste esa película donde mandan a un pelado con sus amigos a un asteroide que va a impactar con la Tierra?

—Sí.

—Bueno, esto sería más o menos lo mismo pero sin pelado.

—¡Epa! Y, esteee… ¿Es muy grande?

—No, debe tener más o menos mi edad…

—Estoy hablando del asteroide.

—¡Ah, el asteroide! Sí, la verdad que es bastante grande.

—¿Y los meteoritos qué relación tendrían con todo esto?

—Bueno, mirá… Algunos creen que el asteroide chocó contra otro cuerpo, enviando una lluvia de fragmentos. Otros dicen que es la avanzada que viene a tantear el terreno. Sea como sea, el impacto mayor es inminente.

—Y dígame, ¿qué se puede hacer para evitarlo?

En ese momento no se me ocurrió tomarle el tiempo, pero más tarde pude cronometrarlo en la grabación. El profesor estuvo los seis minutos y catorce segundos que siguieron a mi pregunta descostillándose de risa en el suelo. Al final se compuso, volvió a sentarse, se acomodó los anteojos y dijo:

—Se barajaron varias posibilidades. Seguramente vos sabés, por ejemplo, que los astronautas del Apolo dejaron espejos en la Luna.

—Sí. Es más, Otis siempre sospechó que la cara que ve en la Luna es la suya propia.

—Bueno, una de las ideas era usar esos espejos para reflejar un láser de alto poder que partiera la Tierra en dos por el Ecuador, y después usar el hemisferio sur como escudo. Pero claro, nunca faltan los inconformistas que se oponen a todo. Los de Greenpeace protestaron porque existía el peligro de que el láser cortara al medio alguna tortuga gigante de las Galápagos.

—Pero si tienen un láser tan poderoso, ¿por qué no lo usan para volatilizar el asteroide?

—Vos estás leyendo mucha ciencia ficción. Como sea, otra alternativa es una vela.

—¿Una vela? ¿Se puede hacer una vela solar y llevarla al asteroide con bastante tiempo para desviarlo lo suficiente?

—No, no, de lo que se habla es de prenderle una vela a San Cristóbal. Existe una posibilidad en cuatrocientos cincuenta y cuatro mil trescientos ocho coma tres periódico de que el asteroide nos yerre. A lo mejor se da.

—No entiendo. ¿Acaso la Tierra no es un blanco diminuto en la inmensidad del espacio? ¿No es más fácil errarle que acertarle, y no al revés?

—A ver, a ver… ¿Vos jugás al pool?

—Sí, alguna vez he jugado.

—Y decime, ¿qué es más fácil: acertarle a la banda o al agujero?

—A la banda.

—Bueno, imaginate que la Tierra es una banda redonda chiquitita con un agujero enorme alrededor, y lo vas a entender.

En esos momentos comenzó a llegar de la calle un estrépito de silbatos, bombos y petardos. Una asistente del profesor, Agnieszka Supernova, entró corriendo muy agitada. (Entre nosotros, se llamará Supernova pero es una enana blanca.)

—¡Doctor Newtron, doctor Newtron! ¡Nos han encontrado!

—¿Qué? ¿Quién nos encontró?

—¡Nosotros los hemos encontrado! ¡"Hombres necios que acosáis a aquél que nació de nuevo"! ¿Acaso creyeron que no lo sabríamos?

Sí, así es. Lamento decirlo, pero se trataba de Clarita de la Crème, repitiendo los tonos lacrimosos y las poses melodramáticas que en la época de nuestras madres y abuelas le conquistaron tanto afecto entre el público afecto a tales cosas. Acompañada ahora, a diferencia de aquellos tiempos, por toda su cohorte de la Primera Iglesia Universal de la Supina Ignorancia.

—El conocimiento conduce a la soberbia, la soberbia conduce a la deserción, la deserción nos lleva al quebranto —recitaba su credo con grandes ademanes—. Estábamos embarcados en la misión de librar ese sitio de infamia de los males del saber, cuando descubrimos lo del Huevo Cósmico que está por llegar. ¡Es una señal! El Maestro Ignoramus anunció que volvería. Lo hizo justo antes de que saliera a comprar cigarrillos y no volviéramos a tener noticia de él. ¡Y hoy, que se cumplen dos meses de su partida, aparece ese asteroide! Pues ya lo reza una de sus célebres redondillas:

Dejará profunda huella
en vuestras dos posaderas
al nacer la nueva era
y ver todas las estrellas.

»Dicen los ignorantes que el Maestro escribió esto luego de ser violenta y dolorosamente expulsado de la Sociedad de Fomento de la Cataplasma por desacato tópico y conducta ventosa. ¡Pero nosotros, los únicos ignorantes auténticos, sabemos que es una profecía que está a punto de cumplirse! Todas las condiciones están dadas. Observen, allí están las dos posaderas (*señalando a las hermanas que atendían la posada*). Y allá, en el cielo, está el Huevo Cósmico del que nacerá la nueva era, que viene de las estrellas y, al caer, nos hará ver las mismas. Dejará una huella profunda en nuestras almas y nuestros pavimentos. ¡Y tú, Heriberto Francisco, lo sabías

muy bien!

—¿Cómo? Disculpe, profesor, pero ¿usted conoce a la señora?

—Sí. (*Suspiro*.) Clarita y yo tuvimos… una historia.

—¡Una historia fraudulenta, Heriberto Francisco! He sido una tonta. Debí haber sabido que sólo fingías interés en mí para que te revelara las profecías del Maestro. ¿De qué otra manera podías saber sobre el Huevo Cósmico? Ahora que lograste lo que te proponías, me botas como a un bote de basura.

—¡Ya basta, Clara Concepción! Es verdad, lo reconozco: me aproveché de la sequía sentimental y la autoestima en baja de una antigua gloria de las telenovelas para tener acceso a los dogmas secretos del culto al que ahora pertenece, y a partir de ellos elaboré teorías e hice descubrimientos de una manera vergonzosa para un científico de renombre que siempre ha sostenido que tales cosas son patrañas para sacarle el dinero a los incautos. Pero, ¿quién no ha hecho algo así en este país? Pero puedo asegurarte, Clara Concepción, que eso fue así sólo al principio. Luego comencé a sentir cosas por ti…

—¡Oh, Heriberto Francisco! ¿Lo dices en serio?

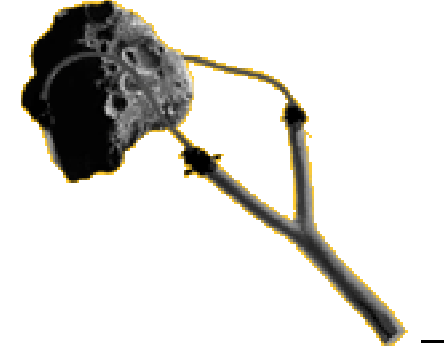
—¡Por supuesto! Clara Concepción, yo…

—¡Ya basta! —gritaron unos parroquianos desde el fondo, poniéndose de pie—. ¡No solamente están dando un espectáculo lamentable y aburrido, sino que además están todos equivocados! Los asteroides son un invento de las aseguradoras para vender pólizas contra fin de la civilización.

—¡Mentira! —intervino otro grupo—. ¡La existencia de los asteroides se desprende de su

inmanencia como entidades consustanciales de la perpetuidad inefable!

Por supuesto, eso bastó para que se desatara otro episodio sangriento en la interminable guerra entre ciencia y religión. Transcribo lo que luego fui capaz de discernir en la grabación, entre el ruido de fondo de sillas destrozándose contra espaldas y viceversa, música de pianola y gritos histéricos de bailarinas de can-can:



—¡El creador puso esa piedra ahí al comienzo de los tiempos para que hoy llegara a terminar con nosotros!

—¡Ignorantes! ¡Todavía creen en la concepción determinista de Víctor Laplace!

—¡Dios no juega a las bochas con el universo!

—¡Abajo la TOE!

—¡El universo no puede ser producto de la casualidad! ¡A mí ni por casualidad me sale siquiera un huevo frito!

—¡Olééé olé olé oléééé! ¡Big Baaaaang! ¡Big Baaaaang!

—¡Qué me vienen con la organización de la materia! ¿Vos alguna vez viste que unos átomos se juntaran para formar una vaca?

—¡Marche una sopa primordial para la dos!

—¡Non ascolti la scienza menzognera!

—¿"Gigantes sobre la Tierra"? ¡Qué hambre que tenés!

—¡El que no salta es darwinista! ¡El que no salta es darwinista!

—¡Por favor, señores! ¿Hace falta que tengamos otra representación más del juicio del mono?

—¡Cornelius, callate y volvé a tu jaula!

Cornelius no volvió a su jaula. Me tomó de la mano y me alejó del tumulto, en dirección a una mesa cercana al televisor. Una vez acomodados me presentó sus credenciales (impresionantes para

alguien de su especie), pidió una Quilmes para acompañar los maníes que irrespetuosamente le tiraban y me dijo:

—¡Puf! Por suerte pudimos alejarnos de todo ese escándalo. Bien, señor anacronista, supongo que nunca había hablado con alguien como yo.

—No, la verdad es que nunca había hablado con un astrofísico.

—Vamos, puede decirlo. No me acompleja en absoluto.

—Está bien… Nunca había hablado con un jesuita.

—Bah, no soy exactamente jesuita. Quería serlo, pero ellos tienen ciertos prejuicios… Por otra parte, no puedo decir que me haya perjudicado totalmente. Ahora soy primado de mi congregación.

—Ah, ¿así que es un primado?

—Sí, soy un primado. Oiga, qué bueno que no estamos hablando en inglés, o acabaríamos de hacer un chiste espantoso.

—Lo hicimos de todas maneras; los que no lo agarren de entrada nos van a tirar con el diccionario.

—Mejor un diccionario que ese adoquinazo que se nos viene.

—¡Es cierto, ya me había olvidado! Vamos a morir, ¿verdad?

—Bueno, no sé usted, pero yo todavía no estoy listo para encontrarme con mi creador. Yo mismo lo denuncié por los experimentos que hacía y juró vengarse. Pero volviendo al tema, ¿quiere que le muestre cómo mi congregación se está encargando del asunto?

—Por supuesto.

Tomó con una mano la cerveza que acababan de traerle, con otra se llevó un puñado de maníes a la boca, y con otra más cambió el televisor de canal. En un noticiero pasaban imágenes de unos tipos feos y desaliñados vestidos con uniformes anaranjados, que no dejaban de sonreír y saludar a la cámara mientras flotaban en la microgravedad. A uno le faltaban varios dientes; probablemente la muela que orbitaba al más gordo había sido de él. Más que astronautas parecían reos condenados a picar piedras. Quién sabe, a lo mejor funcionaba.

—Qué raro… El profesor Neutrone me dijo que no se podía hacer nada.

—No se puede hacer nada. El gobierno organizó esta misión para deshacerse de esos inadaptados que no querían pagar más impuestos. El Señor se apiade de sus almas, si es que los *Homo sapiens* tienen. Pero ya que iban, podían conseguir unas buenas imágenes.

—O sea, un fracaso total.

—Shhh, escuche…

— … *estas imágenes, que acabamos de recibir, serían las últimas que el* U.S.S. Havemercy *pudo transmitir antes de ser alcanzado por la onda de choque. Repetimos: el asteroide que amenazaba la Tierra se ha desintegrado en una explosión gigantesca. Los datos preliminares parecen indicar que el cuerpo se habría encontrado en su trayectoria con un objeto de un cuarto de la masa de la Luna. Los astrónomos del observatorio de Mont Voyeur informan que entre los restos de la catástrofe habría enormes naves circulares arruinadas de veinticuatro kilómetros de diámetro, así como mapas fotocopiados de la Tierra con las grandes capitales marcadas en rojo…*

—Hummm… Esto va a interesarle al cardenal Sarrasani.

—¿Por qué? ¿Porque es un acontecimiento tan improbable que puede considerarse un milagro?

—¿Milagro? No, no, esto de cierta manera es obra nuestra.

—¿Qué? ¿Cómo que obra suya?

—Sí… Ahora que todo terminó puedo decírselo, así que va a tener la primicia. Hace unos años se estrelló un plato volador cerca de la sede de nuestra congregación en Paysandú. Rescatamos al único sobreviviente, lo acogimos en nuestro seno, y lo bautizamos con el nombre de Waldemar. Le enseñamos a vivir separado de la mente colectiva de la que formaba parte; aprendió el valor de su individualidad, empezó a gozar y a sufrir como uno de nosotros. Y al fin, cuando estuvimos seguros de que era plenamente consciente de sí mismo y de sus sensaciones, quemamos esa abominación en la hoguera.

»En ese tiempo aprendimos cómo funcionaba su tecnología, y usamos ese conocimiento para repeler la invasión. Durante años estuvimos llenando los cultivos de formas geométricas irresolubles, para que sus computadoras se volvieran locas al intentar analizarlas. Parece que por fin tuvimos éxito.

—Está bien, pero ¿cómo encaja el asteroide en todo esto? Ahí sí que hay algo de milagro, ¿no?

—¡Y dale con el milagro! ¿Qué pasa, usted cree en esas cosas?

—¿Eh?

—Bueno, ahora disculpe que lo deje, pero con la situación resuelta tenemos que volver al trabajo de todos los días. A ver si de una vez por todas podemos averiguar qué corno fue la Estrella de Belén. ¡Hasta luego, señor anacronista!

—Hasta luego, padre Saavedra.

—La cuenta, señor.

—¿Cuenta? ¿Qué cuenta…?

La cuenta me di yo de un par de cosas. Primera: Cornelius se había ido sin pagar la cerveza. Segunda: yo había entendido mal; la cantina no se llamaba “El Hadrón” sino “El Ladrón”. ¿Y quién tuvo que pagar los platos rotos, y además lavarlos? Exacto. Llegué a mi casa después de medianoche, y encima tuve que ponerme enseguida a escribir esto para entregarlo por la mañana. Y ahora que lo termino, me doy cuenta de una tercer cosa: los que Otis guarda en el cajón de su escritorio no son M&M’s, así que más vale que deje de sacarle.

El Gaucho de los Anillos (15)

Otis

ଓ

La comunidá del anillo

Capítulo 15

Muy atentos los patrones,
no podían permetirse
dejar los viajeros dirse
a buscarle la hebra al malo
ansí nomás, y regalos
trujeron pa' despedirse.

Cinchas, sogas y otras cosas
del mejor cuero de vaca,
piedras pa' afilar las facas,
y pa' cuando el hambre aprieta
les llenaron de galleta
los bolsillos y guayacas.

Unos ponchos que les dieron
tenían del campo el color.
"Son frescos si hace calor
y abrigaos cuando refresca,
y sin magia al portador
lo hacen que desaparezca."

Le dio al Aragorn la doña
una funda pa' la espada
con oro y plata bordada,
y engualichada además
pa' que el sable nunca más
se juera a romper con nada.

Una rastra que era un lujo
le regaló al gondorino;
dos al Merry y al Pipino
como pa' gurises hechas.

Pa'l Legolas, arco y flechas
que se vía que eran finos.

No le hizo gracia a don Cele,
y medio que se chivó,
cuando el Guimli le pidió
colorao de la vergüenza
a su mujer una trenza
y ella alegre se la dio.

Al Sam le dio una cajita
de abono pa' que las flores
jueran como las mejores,
y con el de la sortija
terminó la repartija
de regalos y favores.

"A vos, que llevás el peso
más grande en esta epopeya,
te regalo esta botella
que aunque parezca de grapa,
no le va' a sacar la tapa
que adentro hay lú de una estrella."

"No la perdás la limeta,
de noche es más luminosa.
Si se hace fiera la cosa
nunca tengás nada e' chucho,
que esta lú es muy milagrosa
y a vos te va a cuidar mucho."

Y dejaron Lolorién
en bote por el río Grande.
¡Y no hay naides que no se ande
triste en una despedida!
Aunque tenga piel curtida,
no es raro que uno se ablande.

"¡Qué dolor", dijo el enano,
"irse e' tan lindo lugar!
No viá dejar de estrañar
ni una tardecita sola",
y con su amigo el Legolas
como un gurí echó a llorar.

El Sam, medio desconfiao,
al Boromir lo miraba,
que demientras que remaba
por el río redomón
lo relojiaba al Bolsón
y se le caiba la baba.

Iba el pión muy asomao
y viendo pa’ atrás, pensando:
“A éste que le anda pasando
que tiene esa cara e’ loco”,
cuando ’el julepe por poco
tiene que seguir nadando.

“Capaz que esto que le cuento
mentira a usté le parece
o se le hacen idioteces,
pero vide un camalote
que anda siguiendo a los botes
y tiene manos y pieses.”

“Es el Golum”, dijo el Trancos.
“Ese bicho e’ mala entraña
con sus tretas y cucañas
no nos deja de aguaitar.
Yo ya lo quise agarrar,
pero se da mucha maña.”

Con eso ya era bastante,
pero había más razones
pa’ andarse con precauciones,
porque el río color tierra
era una región de guerra
entre gauchos y malones.

El viaje jue mayormente,
aunque había poco descanso,
sereno por el río manso.
Los miraban las garcetas,
los doraos y palometas,
los biguás, patos y gansos.

Pero a veces se ponía
lo que se dice un espanto;
pa’ no dir al camposanto

iban cuerpiando flechazos
que les tiraban al paso
los orcos de tanto en tanto.

Y al fin vieron dos colosos
que marcaban la frontera,
que era como si dijeran
enseñandolés las palmas:
“Si no se viene con calma,
quedesé del lao de ajuera”.

Dijo el Trancos señalando:
“¡Los mojones de Argoná!
La tierra a partir de acá
a heredar tengo derecho”.
Y ahí nomás se le infló el pecho
con un aire e’ majestá.

ꙮ

Playa Terminal

J. G. Ballard



Playa terminal
(*Terminal Beach*)
Autor: J.G. Ballard
Traducción: Aurora Bernárdez
Ed. Minotauro
(1971)
Argentina

Los libros que hemos leído

«En los cuentos que componen este volumen asistimos a toda suerte de transmutaciones alquímicas, en las que la imaginación actúa como piedra de toque sobre la realidad y viceversa. “Los cazadores de Venus”, “Menos uno”, “Despierta el mar”, “El último mundo del señor Goddard”, “Las tumbas del tiempo” y “La tarde repentina” son otros tantos ejercicios interpretados sobre una misma escala: los delirios del visionario cazador de seres extraterrestres ganan la complicidad de un fascinado científico; el astuto director de un hospicio maneja caprichosamente la identidad de un paciente prófugo; el océano es y no es una presencia aterradora, surgida de los abismos geológicos y psíquicos; un demiurgo, emparentado por su apellido con la potencia divina, propone en su microcosmo de juguete la paradoja de mundos infinitos encerrados en cajas sucesivas; las imágenes y los cuerpos se confunden en un laberinto de memorias cibernéticas; dos hombres intercambian sus envolturas físicas al cabo de una batallas de recuerdos insidiosos». (Este fragmento es de una crítica de Eduardo Goligorsky).

El cuento que abre el libro y le da el nombre, es una prueba perfecta de la interacción entre el mundo físico y el psíquico; una eficaz y estremecedora transmisión de datos invisibles acerca de una humanidad empecinada en conseguir su autodestrucción, mientras que “Final de partida” explora las relaciones del poder y la jerarquía a través de la relación que se establece entre un acusado y su cercelero-verdugo y “El hombre subliminal” se adelanta varios años en la exploración de las relaciones entre la publicidad y el consumo con la mente del individuo al que se desea manipular y conducir.

J.G.Ballard nació en Shangai en 1930, de padres ingleses; pasó dos años en un campo de concentración japonés y reside en Shepperton, Middlesex, Inglaterra. En artículos publicados en medios ingleses ha preconizado una ciencia ficción más introspectiva, que examine los paisajes del tiempo, la búsqueda de la identidad, los arquetipos, los temas ontológicos (la fenomenología del universo, la existencia misma de la conciencia).

La crítica lo ha comparado con Melville, Bradbury y William Burroughs, pero si nos atenemos a las infinitas posibilidades exploradas en más de 40 años de carrera, también hallaremos ecos de Kafka e insoslayables referencias a Carl Jung, su modelo tácito.

SGvH - 2004

Axxón 134 - Enero de 2004



Encuéntrenos en:

- Sitio principal: http://axxon.com.ar
- Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
- Comentarios sobre esta versión: axxonpalm@gmail.com
- Twitter: **@axxonmovil**
- Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil